

Pregones 2002 / 2006

de “



”  
**San Benito**

CAÑAVERAL DE LAS LIMAS



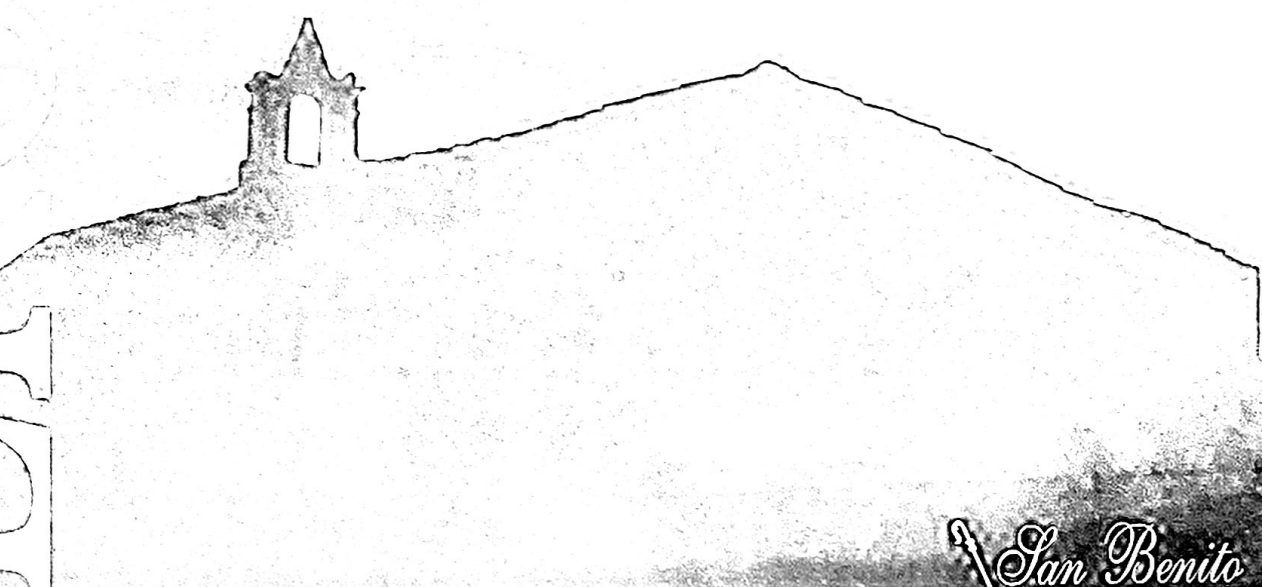
Hace unos años unos "sacristanes" del Santo, nunca contentos, jamás satisfechos, ambicionábamos la santería de San Benito. Para saciar esta novísima ambición, estos "sacristanes" que no somos ni célibes, ni ordenados (ni sacris, ni de menores; A los que quizá se nos computarían asignaturas, pero mal dispuestos a encerrarnos en el Seminario de Coria para cursar las restantes. Tuvimos la enojosa ocurrencia de hacerle un panegirico al Santo, cuando la fiesta. A fe que nos hubiese holgado hacerlo con la misma decencia, mas con mayor sencillez, y no desde el púlpito de Santa Marina, sino subidos a cierta peña que hay muy propia y aparente en los alrededores de la ermita, teniendo a los fieles esparcidos por la ribera del Tajo, en suerte que todos compusieramos una estampita como de predicación a los gentiles. Invención que estamos bien cierto que placera al Santo.

Pues, como decimos, montaríamos en el peñasco al pregonero, aderezándole un poco los vuelos del sayo, aguardaríamos a que se sossegasen los concurrentes, y este les haría el pregon, que, punto más o como menos sería como los que aquí recopilamos después del quinquenio de aquella osadía.

A los cañaveralegos siempre nos divirtió platicar con el Santo, pues no para otro fin se crearon loas tan sonoras y recias, tan dicentes y expresivas. Que San Benito gustara otro tanto de la loa, extremo es en que no permitimos pareceres opuestos. Si bien en sus días, eran loas harto más sencillas, tratando de los peñascales y de cómo se miraban en el Tajo; de los colores que va tomando el cielo según cambian las horas; de los muchos trabajos que pasaban los pastores y labradores del alledaño pueblo de Monrobel, y de la manera de remediarlos. De las aves y de los peces. De qué modo desastroso fenecieron todos los habitantes de Monrobel, quedando hasta hoy, el Santo sólo entre sus breñas, emparedado en su ermita al pie del Tajo.

Al emborronar estas hojas sólo hemos querido descabalgar simbólicamente del peñasco a los cinco pregoneros, que en su día nos quedaron al pronto, suspensos después de escucharles. Rumieron la novedad, hallando muy pronto en qué puntual exactitud coincidía su pregon, con la vaga y nebulosa idea que los "sacristanes" habíamos hecho de un panegirico al Santo Benito. Y por último, si cabe, fijar azul sobre blanco los pregones y los méritos de éstos que podrían ser, ellos sí, señores abades de la Ilustre Ermita Colegial de San Benito.

BR



*San Benito*



JOSE MARÍA HERCILLA TRILLA 5

AÑO 2002

13 TERESIANO RODRÍGUEZ NÚÑEZ



AÑO 2003



RICARDO CANO SÁNCHEZ 17

AÑO 2004

21 JOSÉ JULIÁN BARRIGA BRAVO



AÑO 2005



ALEJANDRO VALIENTE LOURTAU 27

AÑO 2006

TR







2002



- Abogado, hoy no ejerciente por jubilación.
- Ex-Decano del Ilustre Colegio de Abogados de Avila.
- Letrado por oposición de la Cámara de la Propiedad Urbana de Avila, desde 1972 hasta su jubilación en 1991.

Actualmente es colaborador fijo del diario digital "Es Diari" de Mallorca. Es también miembro colaborador del Instituto de Investigaciones y Estudios Abulenses "Gran Duque de Alba" de la Diputación de Ávila. Ha impartido numerosas conferencias de tema jurídico en Ávila, Valladolid y Burgos y publicado artículos en prensa diaria. De su obra poética destacan "Cien Poesías", "De polvo enamorado" y "Miscelánea jurídico-poética-filosófica".

*Notas:*

- 1.- Desde 1993 resido en Salamanca, a la que he vuelto después de medio siglo de ausencia, para estar junto a mis hijos y nietos. En ella cursé los últimos años de bachiller, que comencé en Menorca, y los tres primeros de carrera, que acabé luego en Madrid.
- 2.- De la obra poética, casi toda ella numerada correlativamente, gran parte de aquéllas con número inferior al 175, han sido publicadas en los libros "100 Poesías" y "De polvo enamorado", editados respectivamente por la Caja de Ahorros de Ávila y por la Institución Gran Duque de Alba, también de Ávila, ya citados más arriba.

JOSÉ MARÍA HERCILLA TRILLA  
Pregonero del año 2002

Señoras, señores, señor párroco, mayordomos de hogaño, queridos paisanos y amigos:

Observo algunas caras a las que asoma como un gesto de asombro, de extrañeza incluso, como preguntándose al verme: ¿Quién será esta reliquia de hombre que han elegido para Pregonero de estas Fiestas de San Benito?

Creo, por ello y sobre todo para dejar en buen lugar a los organizadores de este acto, que debo aclarar y disipar esa duda, que no en balde hace tres cuartos de siglo que nací en este pueblo y casi cincuenta años que perdí esta vecindad. Quien ahora os habla, aunque os parezca imposible, fue un niño, sí, un niño que nació en Cañaverál, en la primera planta de una casita levantada a los pies de esta misma Iglesia, la «casita del barco», construida por el maestro de obras Gonzalo de Castro, famoso él por sus obras y edificaciones y sobre todo por las originales chimeneas con que las adornaba. La chimenea de mi casa natal era un bonito barco hecho de ladrillo, airosamente erguido sobre su tejado, de ahí su nombre. Y en esta misma Iglesia, como casi todos vosotros, recibí las aguas del bautismo.

Mi padre había llegado a Cañaverál a mediados del año 1924, recién terminada su carrera de médico, todavía soltero. Casó ese mismo año y aquí, en Cañaverál, nacimos los tres primeros hijos. Queda claro, pues, que aunque quizá reliquia, por eso de la edad, lo que no soy es un extraño. Soy un cañaveráliego más, como vosotros, y me siento feliz al estar de nuevo, aunque sea por unas horas, en mi tierra, en mi pueblo, en mi calle, casi podría decir en mi casa.

No voy a presumir de que mi pueblo sea el mejor del mundo, ni el más importante, ni el más bonito, que puede ser que haya otros mejores. No soy chovinista. Pero con los pueblos pasa lo mismo que con las madres, que podrá haberlas más guapas o menos guapas, mejores o peores, más gordas o más flacas, más altas o de menor talla, pero a todas ellas se las quiere y adora por encima de todo, sin importarnos esos detalles, sin entrar a juzgarlas. A mí, con Cañaverál, me pasa lo mismo y siempre declaro, esté donde esté, que como mi pueblo, ninguno. Lo mismo que pienso de mi madre. Y no hace falta entrar en más detalles.

Estimo que con este prólogo hayan desaparecido los gestos de extrañeza, en cuanto referidos a ¿quién es esta reliquia de pregonero?

Queda por justificar la razón de mi presencia, el motivo de la elección de que he sido objeto, con la que me

honro y mucho agradezco. No es que sea imprescindible la justificación, pero un deber de cortesía para con mis paisanos me obliga a ello. Estoy aquí porque se me ha invitado, eso está claro, pero ¿cuál ha sido el motivo de esta invitación?

En principio, entiendo que, de haberlos, cosa que dudo, pueden ser dos los motivos: El haber sido «loero» en tres Romerías, hace mil años, y el acendrado amor a mi pueblo, mantenido a pesar del tiempo y las distancias, pregonado a diestra y siniestra, con satisfacción y orgullo. Voy a explicarme.

El pasado 4 de febrero me llamó por teléfono nuestro paisano Isidoro Orovengua Fernández, que todos conocéis. Yo le conocía como lector que soy de «Cañaverál informativo» y especialmente de su sección de «Recuerdos», a él encomendada. Al principio confundí su voz con la de un cuñado mío, en ocasiones dado a la zumba y chacota; por eso, al decirme Isidoro que quería hablar con don José María Hercilla Trilla, así de largo y prosopopéyico, creí que era mi pariente, hablando en chunga, y respondí secamente «Aquí hay un trozo». Supongo que mi interlocutor y distinguido paisano, al oírme el desplante, pensaría para sus adentros «este hombre es un majadero; vaya forma de contestar a una llamada». Pensara lo que pensase, como prudente y educado que es, guardó su pensamiento y siguió hablándome como si lo hiciera con una persona enteramente normal, presunción que debo agradecerle pues no deja de ser un tanto aventurado mantenerla. Que Dios se lo pague. Y pasó Isidoro Orovengua a explicarme el motivo de su llamada, que no era otro que comunicarme que en Cañaverál, mi pueblo natal, intentaban mantener vivas e infundir -si cabe- mayor auge a las tradiciones locales, entre ellas la celebración de la Romería de San Benito, instituyendo a tal efecto y en esa fecha una especie de premio anual, el San Benito del año, o «SAMBENITO» quizá, que se iría concediendo sucesivamente, año tras año, a aquellas personas que la Comisión de Festejos considerara merecedoras del mismo.

Entendí como muy oportuna y laudable tal idea, no en balde soy cañaveráliego y amante de esta romería y de sus loas, y así se lo dije, felicitándoles por ello y animándoles a seguir en tan noble propósito.

Creí, después de tal exordio, que la llamada era para invitarme a esta romería. No alcanzaba a entender por qué causa o motivo iba a invitármeme, pero sin motivos ni merecimientos ya estuve invitado en otras muchas ocasiones y correspondí a dos de ellas asistiendo a las romerías celebradas en los años 1956 y 1957, en los que fui «loero» por segunda y tercera vez, respectivamente.

La primera vez que debuté de «loero» fue en el 1953, cuando todavía era yo vecino de Cañaverál y colmenero en ejercicio, actuando como tal en sustitución de la «loera oficial», la inefable Querela o Querelina, señora de inolvidable recuerdo, que hubo de dejar las loas por causa de sus lamentables fallos de memoria que la impedían seguir con el normal recitado de los versos, dando con ello lugar a situaciones cómicas que mal casaban con el acto semirreligioso, o por lo menos

celebrado en honor a un santo, San Benito, y por frente a las puertas de la Iglesia Parroquial, en presencia de autoridades y del común de los vecinos. Los fallos de memoria (y hasta los de entendimiento) muchos oradores los suplidos recurriendo a la lectura de unas cuartillas o folios y a nadie le parece mal el ardid. Lo malo del caso de nuestra querida paisana «La Querela», probablemente, es que no podría acogerse a tal recurso y beneficio de la lectura; y ello no por ser quizás enteramente indocta en letras, -cosa entonces muy frecuente- sino tal vez por serlo en grado de tentativa «cum laude» o pudiera ser por estar ya mal de la vista para alcanzar la letra chica o -¿por qué no?- por tan sólo desconocer este socorrido recurso oratorio. De todos modos, de intentar «La Querela» suplir sus lagunas con letras postizas trabajosamente deletreadas, quizás hubiera sido peor el remedio que la enfermedad. Yo, de todas formas, no quiero dejar pasar esta solemne ocasión sin rendir público homenaje a quien fue mi precursora y maestra.

Por eso, para salvar el mutis por el foro que hacía nuestra «loera» oficial, dejándonos ayunos de su arte y de sus loas, en aquel lejano año de 1953, en cónclave celebrado, creo que en la rebotica de Pedro Plasencia Lancho, se habló de la posibilidad de mantener el recitado de una «loa» en la tradicional romería, próxima a celebrarse. Fueron Felipe Plasencia, hombre de extraordinaria simpatía y de muy grato recuerdo para mí, culto y de exquisitas maneras, secundado por Emigdio Plasencia, probo funcionario, -le recuerdo siempre atildado e impecablemente vestido-, hombre dado al verso, comedido en sus cosas y circunspecto en ademanes, fueron ellos quienes, como digo, desarrollaron la idea en germen. El primero se ofreció para salir al balcón desde el que se recitaban las loas, como orador telonero en la presentación del acto «loatorio» y el segundo no dudó en contribuir añadiendo algunas palabras sobre la loa y el «loero» debutante.

Faltaba encontrar éste: El «loero». Por ser yo el más joven del cónclave (tenía yo 26 ó 27 años), y sobre todo por ser además, entonces (no sé si también ahora), persona de poco fundamento, que si lo hacía mal y quedaba en ridículo poco se iba a perder, todo hay que decirlo, fui el elegido para ejercer de «loero». Hay que reconocer que los tres fuimos osados; ellos, gente de orden ambos, al confiar en mí, sin tener otras pruebas de mi capacidad que mi informal estilo de vida de entonces, un tanto azaroso y como de librepensador, ajustado al sentimiento de semi-anarquismo moderado que me embargaba en aquellas fechas; y yo, igual de osado que ellos, al aceptar el encargo sin saber si sería capaz de salir adelante con el empeño, dejando en buen lugar a todos, desde mis padrinos y presentadores hasta al mismísimo San Benito.

Llegado el día, después del introito de Felipe Plasencia, decía Emigdio en mi presentación:

Pueblo de Cañaveral,  
presento al nuevo «loero»  
José María Hercilla Trilla,  
a quien yo llamo «El Querelo»

Y seguía diciendo más adelante:

Es trovador de su loa,  
poeta de cuerpo entero;  
hay miel en su poesía...,  
y no por ser colmenero.  
Colmenas tiene en El Arco,  
y poeta colmenero,  
donde le falta un enjambre,  
Pone un enjambre de versos.

Como Dios es bueno y misericordioso; como en mi actuación yo iba precedido y presentado por Felipe y Emigdio, mis valedores; como las gentes de mi pueblo justamente gozais fama de buenas personas; como San Benito algo ayudaría también, digo yo, lo cierto es que la primera loa, la de 1953, fue todo un éxito, no digo que literario, sino eminentemente popular, pues creo que fue como el punto de partida para la recuperación de algo que estaba a punto de perderse: La lectura de la loa al Santo. Algo tan sencillo, incluso tan pueril si se quiere, pero que formaba parte de la Romería como entrañable capítulo de ella, consustancial, indivisible del resto de los actos que se desarrollan a lo largo de este día festivo y cañaveraliego por excelencia. Una romería sin loa es algo incompleto, casi inconcebible, algo así como un guardia civil (de los de antes) sin tricornio, por poner un ejemplo decente, que escatológicos otros muchos hay.

En el año 1954, ¿o fue en el 1955?, yo me marché de Cañaveral. Bueno, esto no hace al caso ni viene a cuento de esta historia, pero en el 1956, siendo Mayordomos del Santo mis buenos amigos Pedro Plasencia Lancho y su esposa, Vicenta Plasencia Mora, fui invitado a la Romería de San Benito y en ella tuve el placer de recitar mi segunda loa.

La primera, la de 1953, estuvo dedicada al glorioso Santo, (con mención expresa de la hermana de éste, santa Escolástica, faltaría más); dedicada también a los sufridos labradores y a sus inciertas cosechas; a Antonio Pavón, que presidía la mayordomía colectiva y juvenil de ese año; a nuestro amado párroco Don Benito y hasta a La Querela, para quien pedía protección al Santo y decía así:

«Y protege a La Querela,  
insigne recitadora,  
con tan grande voluntad  
como pequeña memoria.  
Mira a ver si le concedes  
que se acuerde de las loas  
y que no le pase más  
Lo de siempre: Que se corta».



Bueno, pues en esta segunda loa del 1956 se mencionaba al Santo, como era de rigor; también a los labradores, como era obligado; a los Mayordomos Pedro y Vicenta, con mención de sus cuatro hijos; a Don Benito y a mi dilecto amigo, vecino frontero de calle y entonces alcalde, Sixto Salas.

Fue en el siguiente año, el de 1957, cuando, estando yo recién casado, fui invitado de nuevo a la Romería de San Benito, a la que asistí con la misma alegría que me embarga siempre que piso mi tierra natal, redoblada en esta ocasión por ir acompañado de mi mujer, a la que deseaba mostrarle mi pueblo, sus buenas gentes y sus tradicionales fiestas. En esta tercera y hasta ahora última loa, como los Mayordomos eran un grupo de chicos y chicas jóvenes que en la Romería anterior habían sufrido un accidente, una aparatosa caída desde un malecón de la carretera, del que salieron ilesos, la loa hubo de referirse necesariamente a ellos y al «milagro» de su salvación. Por eso decía, refiriéndome al Santo:

«Eres Santo milagroso,  
pues en tu fiesta anterior  
salvaste a veinte criaturas  
caídas de un malecón».  
Las vidas de aquellos niños  
San Benito las salvó,  
pues es cosa archisabida  
que quien cae de un malecón  
ha de romperse la crisma,  
Y nadie se la rompió».

¿Qué quiénes eran las criaturas accidentadas? En la loa quedaban enumeradas detalladamente, una por una y uno por uno. Todos los conocéis.

«Oh, Carmina Bernabela;  
tú, Jacinta; y Emilita,  
Eloísa, Lile y Tere,  
Ángeles, Blanqui y Goyita»

Y seguía con los varones:

«Y vosotros, zagalones,  
Mayordomos de este día:  
Leoncio, Gonza y Antonio  
y Paco Fotografía;  
Bernabé, Pepe y Pablito,  
Julio "el largo" y además  
ausentes Julián y Emilio,  
"Presentes en nuestro afán"».

Más adelante daba gracias al Santo por mi casamiento, recordando también a Emigdio que me había dado ejemplo, casándose poco antes que yo, ambos crecidos.

Yo también, glorioso Santo,  
en esta santa ocasión,  
te agradezco vivamente  
el no ser ya un solterón.  
Antaño, los dos loeros,  
-Emigdio y un servidor-,  
éramos dos solterones,  
aburridos ya de «tó»;  
Emigdio me dio el ejemplo  
y un buen día se casó.  
Yo no quise ya ser menos;  
me casé y me va mejor;  
por eso te lo agradezco  
con todo mi corazón,  
por hacer otro milagro:  
El milagro de mi amor.

Mencionaba también a nuestros labradores, como no puede dejar de hacerse en una loa, pidiendo la lluvia para salvar la cosecha amenazada por la sequía; recordaba a Amalita Plasencia y su esposo José Luis, entonces recién casados y en Méjico; y terminaba saludando a don Benito y pidiendo al Santo que le protegiera y diera larga vida. Como Dios manda.

Que el buen Santo le conceda  
larga vida y protección  
Y que sea muchos años  
nuestro ejemplo y dirección.

Hablando de Don Benito, a quien se intenta recordar en el busto erigido junto a nuestra Iglesia, acuden a mi memoria varias anécdotas, fruto de mis horas de convivencia con tan santo varón. Una es la de «Estás tonto, lelo y lo que te dije el otro día». Lo del otro día era «carajote». Otra es la de «¡Vaya silfide!», referida a una moza que nos cruzamos en la calle, al regresar de las clases matinales que impartíamos ambos en la Academia, caminando nosotros junto a Don Rafael Plasencia, el director-propietario de la misma. Otra es su sorprendente sentencia en torno a cómo resultaba más sabroso un pollo asado: «Junto con otro pollo». Inolvidable Don Benito. Queden estas humildes y sencillas palabras como homenaje a su memoria. Es una pena que su escultura, por muy bien hecha que esté, -cosa que no discuto a su autor-, no se parezca en nada al original que fielmente guardo en mi memoria.

Desde aquel lejano año de 1957, no he vuelto a ejercer de «loero». Han pasado 45 largos años, toda una vida, pero sigo recordando aquellas Romerías como si fuesen cosa de ayer, bueno, o de anteayer, para que no me tildéis de exagerado.

Volviendo pues a la conversación telefónica mantenida con Isidoro Orovengua Fernández, en la que éste me hablaba de tales Romerías y de los propósitos que tenían en Cañaveral de revitalizarlas, no permitiendo que desaparecieran por el escotillón del olvido a impulsos de los nuevos tiempos y costumbres, me congratulé de

ello y tuve la esperanza, a medida que le escuchaba, de ser invitado de nuevo a la próxima Romería, a ésta. Mi esperanza, amigos, fue desbordada por la realidad que se me ofrecía. Recordando mis paisanos aquellas viejas loas de los años idos, se me creía merecedor del galardón de este año, ese San Benito anual recién creado, preguntándose si podían contar conmigo para «colgarme el San Benito». Hube de turbarme necesariamente ante tal generosidad y ofrecimiento, que sinceramente no creo merecer, pero tampoco podía rechazarlo sin incurrir en descortesía manifiesta o grosería imperdonable. Acepté reconocido el San Benito. No podía hacer otra cosa. Aceptarlo, manifestar mi agradecimiento al comunicante y poner de manifiesto mis pocos méritos para que se hubiesen acordado de mí, puesto que ¿qué hice yo, salvo disfrutar, en aquellas Romerías, componiendo primero y recitando después en público aquellas loas eminentemente cañaveraliegas, horras de artificios literarios, populares en su forma y contenido, como correspondía a la «escuela quereliana o querelina» de que traían causa? Isidoro Orovengua quedó en escribirme, remitiéndome el programa de actos, que recibí transcurridos unos días. Gracias, amigos. A medida que se avanza en edad, más se agradecen estas muestras de amistad, sobre todo cuando son inesperadas, sorpresivas, insólitas incluso y además inmerecidas, como es mi caso. Gracias, repito.

Heme aquí, pues, de Pregonero comprometido y «encartelado». Malo será, me decía yo al recibir el cartel de fiestas, hace un mes, que no llegue a la fecha señalada en el mismo y pueda cumplir como los buenos, dando la cara y volcando el corazón ante mis paisanos. Es lo menos que se puede esperar de un Pregonero invitado: Que se vuelque, con la verdad en sus palabras. Que una cosa es volcarse por dinero, como tantos Pregoneros hacen, lanzando al aire diatribas, que a hueco suenan desde el primer momento y ello por lo horros de amor con que se gestaron y se pronuncian, y otra muy distinta es pregonar aquello que realmente se siente y sobre todo se ama. Y si -por lo que fuere, que no es nuestro caso- no bastara pregonar ese amor, si fuere necesario probarlo, entonces debe demostrarse con hechos, no con palabras. Es aquí donde creo que, de haberseme exigido tal probanza, pudiera aducir pruebas bastantes e incontrovertibles del amor que siento hacia mi pueblo natal.

Hubo unos años en los que firmé mis poesías y artículos, publicados en El Diario de Avila, con el seudónimo de «José María Cañaveral». Y así seguí firmando hasta enterarme de que había otro escritor que firmaba de igual modo, con lo que dejé de usar ese José María Cañaveral que tan querido me era.

En 1994 la Junta de Extremadura convocó, entre extremeños presentes o ausentes, un certamen de prosa y verso sobre temas extremeños. No soy dado a concurrir a Concursos, pero la singularidad exigida, es decir el ser extremeños los concursantes, me movió a presentarme con una breve poesía dedicada a mi pueblo y en la que hacía patente mi orgullo de sentirme cañaveraliego. Quiso la suerte que la obra presentada fuera elegida entre otras

varias y mereciera su publicación en un librito titulado «Extremadura en la distancia». Dice así:

#### SOY EXTREMEÑO (287)

Ya sé que a nadie importa, pero a mí me complace confesarme extremeño.

Nací en Extremadura; Cañaveral, mi cuna;  
un lugar cacereño,  
donde crece el naranjo, la perfumada lima  
y el verde limonero.

Aunque vivo exiliado en la alta Castilla  
de los largos inviernos,  
no por eso me olvido de mi tierra y sus gentes,  
de su clima y tempero...

Yo soy de Extremadura. Mi voz enamorada  
así lo grita al viento,

y el aire la recoge, llevándola en sus alas,  
volando, como un eco,  
hasta morir dichosa entre la verde fronda  
de mis natales huertos,  
al pie de un palo-santo de hojas verde laca,  
cargado de recuerdos.

Tal vez usted se ría, pero a mí me emociona  
declararme extremeño,

y bendecir mi tierra, y revivir -soñando-  
aquellos viejos tiempos  
de mis años floridos, cuando me desbordaban  
ilusiones y sueños,  
cuando en Extremadura cuidaba mis colmenas  
bajo los altos cielos  
azules y radiantes, los mismos que hoy se  
encuentran

tan altos..., y tan lejos...

Ya tenemos, pues, dos pruebas del amor a mi tierra, a mi Cañaveral nativo. Falta la tercera. Recordando mis años extremeños, recogí en un libro todas mis poesías escritas en Cañaveral o escritas en el exilio pero pensando en Cañaveral. Las primeras, unas cincuenta, son obra de juventud, y alcanzan desde 1947 a 1951; las otras, las segundas, están escritas entre 1978 y el año 2000, años en los que este cañaveraliego había rebasado la cincuentena y caminaba apresuradamente hacia los tres cuartos de siglo actuales que lleva a las espaldas. Son -estas últimas que digo- poesías llenas de recuerdos y añoranzas, es decir de aquello que nos ayuda a sobrevivir, sobre todo a medida que el tiempo avanza y la meta se avecina. ¿Hay algo más triste que la carencia de recuerdos, que la ausencia de raíces, que el alejamiento de tu cuna? Reflejo esta creencia en una de mis poesías, la titulada «NO FUI EN MIS ALBORES...», que dice así:

No fui, en mis albores, apenas otra cosa  
que un diminuto cuerpo;

al llegar a esa edad en que ya se razona,  
fui cuerpo y fui cerebro;

después de algunos años, al crecer y ser hombre,  
yo fui yo y mis proyectos;

al cabo de los lustros, tras mucho haber vivido,  
ya soy yo y mis recuerdos...

(El día de mañana, enamorado polvo  
vibrando en el silencio.)

En otra de ellas, «CAÑAVERAL LEJANO», del año 1993,  
envuelto en las nostalgias del recuerdo, digo así:

Exiliado me encuentro de tu vera,  
llevado por los hados o el destino,  
mas nunca me he olvidado del camino  
de regreso a tu verde primavera.

Si añorándote vivo, bien quisiera  
un día reintegrarme peregrino  
a mi tierra natal, la que adivino  
cual oasis de paz, que en paz me espera.

Cañaveral, dormido en la distancia,  
renace en mi memoria cada día;  
recuerdo ilusionado la fragancia  
de tu azahar y el rumor de mis colmenas...  
Tu recuerdo me colma de alegría  
Y, soñando con ti, se van mis penas.

En otra, ésta del año 2000, siempre recordando  
Cañaveral, vengo a decir, entre otras cosas:

¡Adios, Extremadura!  
No he podido olvidarte  
en mis años de ausencia,  
y siempre te he tenido  
presente, cual si fueras  
la Tierra Prometida  
con la que el hombre sueña,  
esperando algún día  
poder de nuevo verla.

Perdida la esperanza de poder realizar esa ansiada  
vuelta, añado que:

... me hubiera complacido  
regresar a mi tierra,  
aunque tan sólo fuese  
para morir en ella,  
y allí, junto a El Arquillo,

del monte en la ladera,  
dormir el sueño eterno  
oyendo mis colmenas.  
Mi corazón, abono  
del campo en primavera,  
en flores germinado,  
daría a las abejas  
el néctar de sus mieles,  
Lo suave de su cera.

Recordando aquellos paseos vespertinos, carretera adelante,  
muchas veces acompañado de mi dilecto amigo Amalio Plasencia,  
decía en otra:

Por la carretera viene,  
por la carretera va,  
la carreta de mis sueños,  
que carreteando está.  
Carretera, vieja amiga  
de tan grato pasear  
en las tardes de verano,  
solo con mi soledad,  
forjando sueños de gloria  
que yo soñaba alcanzar.  
Carretera de mi pueblo,  
¿cómo no te he de añorar?  
Yo tenía veinte años.  
¡No sé los que tengo ya!  
Carretera inolvidable  
de mi buen Cañaveral,  
donde el carro de mis sueños  
se solía desbocar.  
La carretera allí sigue.  
Los sueños... ¿dónde estarán?

Presentadas ante ustedes, mis queridos paisanos, algunas pruebas  
de mi amor a nuestra tierra, y allegadas igualmente aquellas tres  
lejanas loas de los años 1953, 1956 y 1957, con las que  
pretendimos un grupo de amigos mantener vivas nuestras  
tradiciones romeriles, a punto entonces de extinguirse, recogiendo  
la mortecina antorcha de manos de nuestra inolvidable «Querrela»,  
creo que ello es lo que quizá pudiera justificar -aunque sea  
remotamente, muy remotamente- el honor que hoy se me hace al  
colgárseme el primer SAMBENITO que ha instituido esta culta  
Cofradía que ha tenido a bien acordarse de mi nombre. En  
conciencia creo que son los únicos méritos en mí valorables: Amor  
constante a mi pueblo y devoción a sus usos y costumbres,  
luchando contra el paso del tiempo y salvando las distancias que de  
Cañaveral me separan.

Como véis, este «pregonero» improvisado os ha abierto su corazón,  
que aunque algo averiado por la edad- sigue latiendo con la misma  
ilusión que en sus años mozos, cuando subía y bajaba la calleja de  
los Bolos, a grandes zancadas, sin esfuerzo alguno, de camino o de



regreso de sus colmenas en El Arquillo, hace de esto casi mil años, aunque a mí me parezca que fue ayer.

Este pregonero pudo hablaros de San Benito y cómo no- también de Santa Escolástica, su piadosa hermana gemela, pero cree más acertado dejar esa parte de su pregón a la más autorizada voz de nuestro Párroco, que sabrá resaltar en el momento oportuno lo más adecuado y procedente de la vida del Santo que hoy festejamos. Aquí sí hay que decir aquello de «doctores tiene la Santa Iglesia» para que los profanos vengamos a invadir campos ajenos.

Sin embargo no me resisto a recordar alguno de los milagros de San Benito. El primero, la recomposición de un vaso de barro que había pedido prestado la nodriza del santo, vaso que se hizo trizas al caerse al suelo y que Fray Benito volvió a su anterior estado por medio de la oración, para evitar el llanto y disgusto de la buena mujer. El segundo, consistió en que otro vaso, éste con vino, que le entregaron para envenenarlo sus propios frailes, descontentos éstos con la dureza de vida que el santo les exigía seguir en el Monasterio, se rompió en pedazos ante la bendición de Fray Benito, su abad. El tercer milagro es la profecía que en el año 543 hizo al rey goda Totila, al que predijo que moriría pasados nueve años, lo que así sucedió. El último milagro conocido, del que hemos sido testigos, lo loamos nosotros en 1957 y fue la salvación de aquellos 19 muchachos cañaveralliegos «caídos de un malecón» en la Romería celebrada el año anterior y que no se rompieron la crisma -eso es evidente- gracias al Santo..

De la famosa Regla benedictina, de un centenar de páginas, dividida en 73 Capítulos, cabe destacar su mandato de que los monjes «trabajen por sus manos», especialmente en el campo, porque -dice- «entonces serán verdaderamente monjes, si vivieren del trabajo de sus manos», aunque añade a continuación, pensando en los de pocos arrestos, que «hágase todo con moderación por los de poca robustez», sabedor de lo duro de esos trabajos. Con estas recomendaciones no extraña que sea San Benito el patrón de los labradores, que mejor no lo habían de encontrar éstos en toda la corte celestial. De todos es conocido el lema de la Orden: «ORA ET LABORA». Reza y trabaja. No hay cosa más sensata. El pueblo llano coincide en ello y transforma el mandato que nos impuso el Santo en el aforismo o apotegma refranero de «A Dios rogando y con el mazo dando».

Y no quiero extenderme más, ni cansaros con un pregón inacabable, que otras cosas hay que hacer de más envidia que oír mis palabras emocionadas. Como digo en otra poesía, refiriéndome a mis historias:

Son recuerdos de un viejo. No hagáis caso de estas cosas que digo, estas bobadas que a nadie le interesan pues no tienen -excepto para mí- gran importancia.

¡Hace ya tantos años que pasaron, que no sé como puedo recordarlas, mas es lo cierto que a pesar del tiempo no sólo las recuerdo así de claras, sino que, cada vez que así lo hago, el alma se me llena de añoranzas!

Sólo me queda por expresaros el agradecimiento, sincero, cordial -como del corazón salido-, a todos vosotros, mis paisanos, por el honor que me habéis hecho al acompañarme en este acto de «colgarme el SAMBENITO» del año 2002, distinción que llevaré con orgullo, como si se tratase de un Toisón de oro, y daros gracias también por la paciencia que habéis tenido al escucharme.

Autoridades, señor Párroco, Mayordomos, Organizadores, amigos todos de este mi pueblo de Cañaverall, que tan metido llevo dentro de mi corazón, ¡MUCHAS GRACIAS! ¡MUCHÍSIMAS GRACIAS!

Y ahora gritad conmigo:

**¡VIVA CAÑAVERAL!  
¡VIVA SAN BENITO!**





# 2003



- Teresiano Rodríguez Núñez nació en Robledillo de Gata (Cáceres).
- Cursó estudios de Filología en la Universidad Complutense y se licenció en Ciencias de la Información.
- Ejerció el periodismo en Murcia, Alicante y Badajoz, donde ha dirigido el periódico HOY más de veinte años, en una etapa fundamental para los cambios profundos que se han producido en Extremadura: la transición política, la aprobación del Estatuto de Autonomía, el afianzamiento de la democracia y el autogobierno.
- Entre sus prioridades han estado el establecimiento de bases de identidad extremeña y fomento de un espíritu regional en torno a la cultura y el compromiso con la propia tierra. Ha pronunciado numerosas conferencias y ha participado en congresos nacionales e internacionales relacionados con la comunicación, la educación.
- Ha recibido, entre otras distinciones, la Medalla de Extremadura, el Premio Guadalupe Hispanidad, la Gran Cruz de la Agrupación Española de Fomento Europeo y el título de 'hijo predilecto' de su pueblo natal.

TERESIANO RODRÍGUEZ NÚÑEZ

Pregonero del año 2003



Es para mí un verdadero honor estar aquí esta tarde para pregonar la fiesta de San Benito, para hacer la loa del Santo y para recibir el "San Benito": en otra época, el "sambenito" era una manera de señalar y escarnecer a reos y condenados, algo que sin duda yo, pecador de mi, tal vez merezca; pero vosotros, con generosidad y gracia, lo habéis convertido en distinción y honra para quienes lo lleven. Es más, diría que habéis hecho del 'sambenito' una invocación, como si por la imposición de este símbolo pidierais para quien lo recibe la gracia y los favores del Santo, igual que si le impusierais una medalla o un escapulario. Así, pues, al honor que me concedéis he de responder yo con el agradecimiento que os debo. Gracias de corazón.

Ningún título puedo yo exhibir para estar esta tarde con vosotros, compartiendo la alegría de la fiesta, y menos para que me concedáis la distinción del 'sambenito'. Si acaso, mencionaría un título que nos iguala a todos, el de extremeños. Extremeños sois vosotros y extremeño soy yo de este norte cacereño, vosotros ribereños del Tajo, yo de mucho más arriba, asomado ya casi a tierras castellanas, pero extremeños todos, al fin y al cabo. Iba a añadir otra razón, que no título, para explicar mi presencia entre vosotros, la amistad. Porque sé que fueron razones de amistad las que impulsaron a Rafael García-Plata a sugerir mi nombre y convertirme en pregonero, en loero y en 'sambenito'. Aunque no sé si es una razón nueva; porque mi amistad con él se entronca y se resume también en el extremeñismo. Rafael tiene sus raíces en Cañaveral: de Cañaveral y de Extremadura habla con pasión, y con pasión por Extremadura se ha comportado y se comporta en Madrid y por donde quiera que va.

Pues bien, es justamente esa pasión por Extremadura y la dedicación a esta tierra lo que nos unió y lo que ha fundamentado nuestra amistad. Nos encontramos en el extremeñismo. Por eso decía que, en este caso, el extremeñismo y la amistad vienen a ser la misma cosa, puesto que la una nace de la otra.

Y todavía se da otra circunstancia, aunque no sirva como razón ni como título. Mi madre era Benita, así se llamaba. Luego no tendrá nada de extraño que 'benito' sea yo. Aunque si nos metemos en etimologías, podemos convertir el 'benito' en 'bendito' y el 'benedicto' en 'bendecido', puesto que todo benito, bendito, benedicto y bendecido viene a ser la misma cosa y procede de la misma palabra, Benedictus. Permitidme, entonces, pedir a Dios por intercesión de San Benito, que a vosotros y a mi nos alcance su bendición: benditas y bendecidas sean vuestras autoridades; sean

benditos y bendecidos los mayordomos; seáis benditos y bendecidos vosotros, cañaveraliegos todos, y bendígame a mí para ser un digno pregonero y 'loero' en estas fiestas de 2003.

Algo lleva ya andado uno en esto de los pregones. He sido pregonero en el Monasterio de Guadalupe, y también pregoné las fiestas de Guadalupe y el Día de Extremadura en Sevilla, en Barcelona, en Bilbao o Leganés; he pregonado la Semana Santa de Badajoz, los Carnavales, la Romería de Bótoa, las Candelas, la Feria de Plasencia,... Y las ferias y fiestas de los pueblos me han permitido conocer invocaciones de vírgenes y vidas de santos patronos, me han llevado y me han traído a lugares tan diversos y distantes como Fuenlabrada de los Montes o Torrecilla de los Ángeles, Castilblanco o Malpartida de Plasencia... en esta Extremadura nuestra que tanto da de sí en pueblos para ver y en leguas para andar. Os puedo asegurar que a todas partes fui siempre con gusto y de todos los pueblos salí enriquecido: porque en todos aprendí algún aspecto nuevo de la rica cultura extremeña, en todos vi alguna de sus costumbres, conocí a sus gentes, trabé conocimientos, hice amigos y todo ello ha alimentado mi amor y dedicación a esta tierra, a la que he intentado servir apasionadamente durante casi treinta años desde el ejercicio del periodismo.

Hoy vengo hasta vosotros. No creáis que sois un hito más en el camino. Sois Cañaveral, un pueblo con su historia, con sus afanes y aspiraciones, con sus fiestas y sus costumbres. Todo eso configura vuestra identidad, os hace distintos a los demás. Os aseguro que lo que más me ha preocupado profesionalmente en mi vida ha sido conseguir que los extremeños nos sintamos identificados con nuestra tierra, todos identificados con la Región como algo propio y cada uno con su pueblo; he tratado de estimular para que cada uno luche con uñas y dientes por mantener sus rasgos distintivos, aquello que le hace diferente del pueblo de al lado. En estos tiempos de globalización, cada vez va siendo todo más igual. Los pueblos se van pareciendo cada vez más unos a otros, todos con sus jardincitos, sus arbolitos los mismos para todos, aunque se den de bofetadas con el paisaje, las mismas casitas adosadas como sacadas de una tarta de merengue y que suelen dar el 'cante' muchas veces... A muchos pueblos ya solo les va diferenciando el paisaje y los santos patronos: ni siquiera la manera de celebrar sus fiestas, porque cada vez se parecen más unas a otras.

Espero que no se lleven un día la Sierra de Cañaveral que os cobija; que vuestra iglesia parroquial siga estando dedicada a Santa Marina; que os siga protegiendo vuestra patrona Nuestra Señora de Cabezón y podáis seguir sintiendo el legítimo orgullo de poseer una hermosísima Virgen de la Consolación. Y que San Benito siga mirando compasivo sobre vuestros campos y ganados, y vosotros le honréis con vuestras costumbres, vuestra romería, vuestras pujas con arrancadas y paradas para meterlo en la iglesia; aunque algunos llegados de fuera no lo entiendan ni comprendan que también estas cosas son manifestaciones de piedad y devoción popular, con las

que no hay por qué arrasar mientras no contravengan la decencia. Todas esas cosas son parte de vuestra cultura, de vuestra identidad, de vuestra esencia como pueblo.

Luchad, sí, por el progreso de Cañaverl, por el de vuestras familias y el de cada uno de vosotros. Pero no dejéis que el pueblo se os muera y vosotros con él. O que hagan de vosotros gente del montón; no permitáis que disuelvan vuestra identidad en una masa humana como se disuelve un terrón de azúcar en un vaso de agua. Andad vuestro camino de la vida y de la historia viendo a los que pasan, pero no permitáis que los que pasan a vuestro lado os arrollen. Cañaverl siempre ha estado unido a los caminos. Por aquí pasaba la calzada por la que discurrió la historia de esta tierra; y la subida y bajada de ganados y pastores conformaron el pueblo. Más recientemente fue el ferrocarril: para cuantos vivíamos del Tajo arriba a la izquierda de la N-630, Cañaverl era punto obligado para tomar el tren. Todavía recuerdo yo las fondas de la Estación de hace cuarenta o cincuenta años y aquellos renqueantes trenes expresos que pasaban por allí a horas intempestivas de la madrugada.

Luego fue el reinado de la carretera, un reinado que ha supuesto para vosotros la dura servidumbre de un tráfico insoportable. Pronto la autovía os liberará de ella. Os va a quedar a un tiro de piedra: es una oportunidad que tendréis que aprovechar, poniendo en juego vuestra imaginación y vuestro espíritu emprendedor. Una autovía al lado del pueblo supone una mejora sustancial de la comunicación, pero puede suponer también un alejamiento. El pueblo será lo que vosotros queráis y seáis capaces de hacer. En cualquier caso, no dejéis que la velocidad de los que pasan os arrastre como un huracán.

Los pueblos no pueden dejar que los lleve la historia. Ellos tienen que hacer la historia. Tenéis el mejor ejemplo en San Benito. Ya hace más de quince Siglos que nació. Y esos siglos tiene la Regla que fundara, que ha regido y sigue rigiendo la vida de millones de frailes benedictinos y de otras órdenes que la siguieron. Los frailes y monasterios nacidos de la Regla de San Benito han contribuido decisivamente mediante su influencia en el pensamiento, en el arte,

en la espiritualidad a configurar esta Europa en la que también nosotros estamos integrados: por eso, en 1980, al cumplirse 1.500 años del nacimiento de San Benito, el Papa Juan Pablo II le nombraba patrono de toda Europa. Algunos de sus principios han alimentado, como dije antes, la espiritualidad del monacato. Entre esos principios, seguramente ninguno tan aprendido y tan vivido como el "ora et labora", que sintetiza perfectamente la forma de vida de quienes deben rezar como si todo dependiera de Dios y trabajar como si todo dependiera de ellos. En el Capítulo 48 de la Regla mandaba San Benito a sus frailes: "si las condiciones del lugar o la pobreza les obligan a recoger la cosecha por sí mismos, no se entristezcan, porque entonces son verdaderamente monjes, si viven del trabajo de sus manos".

¿Qué mejor patrón podáis escoger vosotros, labradores y ganaderos de Cañaverl, que este San Benito? Colocad en un plato de la balanza la fe en Dios, que hace fructificar los campos, y poned en el otro vuestro trabajo y vuestro esfuerzo. Yo he criticado a veces un defecto de los extremeños que nos ha hecho bastante daño: quejarnos mucho de los males que nos afligian, pero cruzarnos de brazos esperando que alguien viniera a remediarlos. San Benito nos dejó ya apuntado hace más de 1.500 años el camino: "ora et labora", reza y trabaja. Porque la oración es una comunión con Dios, pero también con los demás, una invitación a la solidaridad y a estar unidos. Pero el trabajo es lo que se nos pide a cada uno, nuestra parte de responsabilidad en la tarea que hemos de hacer entre todos.

Esta idea del trabajo, no tanto como castigo sino como deber, como complemento de la obra creadora de Dios y como medio honrado de ganarse la vida, está muy



arraigada en la conciencia cristiana. Allí donde se predica la idea de un Dios providente, que se cuida de las aves del cielo y de las flores del campo, escribirá San Pablo con contundencia a los cristianos de Tesalónica: "El que no quiera trabajar, que no coma". Es el dicho popular de "a Dios rogando y con el mazo dando". O ese sabio consejo de que "si quieres que Dios te ayude, comienza por ayudarte tú mismo". Al fin y al cabo, no son más que lecturas distintas de lo que ya enseñó San Benito: "ora et labora"

Vuestra primera tarea como individuos y como ciudadanos, es decir, como colectividad, es crear un pueblo, Cañaveral. Porque un pueblo no es un conjunto de casas, unas calles, un Ayuntamiento y una iglesia. Es un conjunto de personas unidas en una sociedad para conseguir unos fines. Cañaveral no es éste ni aquél, el rico o el pobre, el alcalde o el que cree que no pinta nada. Cañaveral sois todos unidos. Todos juntos formáis el pueblo y todos unidos tenéis que crear su futuro.

Entonces, cuando se tiene la conciencia del deber cumplido, del trabajo hecho, es el momento del regocijo. Vuestra fiesta en honor de San Benito será tanto más agradable al Santo cuanto más fielmente hayáis seguido sus consejos y su ejemplo. Y cuanto mayor haya sido vuestro esfuerzo y vuestro trabajo, tendréis más merecida la diversión que la fiesta proporciona. Es el derecho al descanso. Diversión, divertere, es básicamente eso, cambiar de actividad, dedicarse a otra cosa, tomar un respiro y hasta darse los placeres honrados que la vida proporciona.

Estoy seguro que nunca os faltará el apoyo y la bendición de San Benito, este Santo que supo combinar la dureza de vida que se impuso a sí mismo con la ternura y compasión que mostraba hacia los demás, según contó San Gregorio Magno sobre su vida y milagros, que son una delicia, por su candidez y encanto, y que seguro conocéis bien.

Asístame a mi él en esta víspera de fiesta para hacer dignamente su 'loa' y para desgranar como una letanía vuestros anhelos, vuestras preocupaciones y las mías. Y que el 'ora et labora' que fue su santo y seña, sea nuestro signo de devoción y nuestro AMEN.

Oh glorioso San Benito:  
aquí comienza mi 'loa'.  
Alumbra mis pensamientos  
y haz expedita mi boca  
para contar a este pueblo  
cuanto merece tu honra.  
Ya las campanas del cielo  
están repicando a gloria,  
y en los confines de un año  
llega tu fiesta a su hora.  
Ora et labora.

El caballo de la guerra  
por el mundo se desboca;  
dos ríos se volvieron sangre  
en los confines de Europa.  
Sobre un campo de cadáveres  
que nadie cante victoria,  
pues donde reina la muerte  
solo existe la derrota.  
A la gente de este tiempo  
se le ha muerto una paloma.  
Por cada niño que muere  
hay una madre que llora.  
Ora et labora.

Campesinos extremeños  
hechos de arado y de soga,  
capaces de abrir los surcos  
con vuestras manos callosas  
y regar con vuestra sangre  
tierras que se han vuelto rojas:  
el gris de los olivares  
tiene hoy más verdes las hojas,  
y donde ayer hubo espinas,  
espigas de trigo brotan,  
parto de buena esperanza  
y luz del sol que las dora.  
Ora et labora.

Jóvenes que son futuro,  
mayores que son historia,  
niños que son ilusión,  
madres que son la memoria;  
autoridades que rigen,  
vecinos que colaboran,  
mayordomos que te sirven,  
adorno de mayordomas...

**Bendíceles, San Benito,  
y escucha a quien hoy te implora.  
Ora et labora.**



# 2004



- Nació en Alcántara el 3 de abril de 1943.
- Casado y con tres hijos.
- Licenciado en Medicina y Cirugía por la Universidad Complutense de Madrid.
- Jefe del Servicio de Neurofisiología Clínica del Hospital "San Pedro de Alcántara" de Cáceres.
- Presidente de la Comisión Deontológica del Colegio de Médicos de Cáceres.

**RICARDO CANO SÁNCHEZ**

Pregonero del año 2004

Buenas tardes. Creo que lo primero que debo hacer es presentarme, aunque prácticamente todos me conocéis. Para algunos soy Ricardo para otros, los más veteranos, soy el marido de la Amparo, la pequeña de Narciso y Amalia. Puede que incluso para los más jóvenes sea el padre de Ricardo y Gonzalo, pero estoy seguro de que todos sabéis que soy el padre de Amparito.

De esta forma, al mismo tiempo que hacía mi presentación, también he presentado a toda mi familia, que desde hace muchos años está asentada en Cañaveral y que últimamente ha hecho dos magníficos fichajes, mis nueras Fátima e Inmaculada, que son las madres de mis nietos.

Cuando hace unas semanas me llama mi buen amigo Sebastián y me dice que está reunido con varios miembros de la Junta Directiva de San Benito y después de varias deliberaciones han acordado que yo debería ser el Pregonero de este año, lo primero que pensé es que "algo" ofuscaba sus mente y les hacía pensar más con el corazón que con la cabeza. Sabiendo quiénes habían sido mis predecesores en este acto y su altura humanística y poética no acertaba a comprender cuáles eran mis méritos, motivo por el me asaltó un cierto temor y respeto, pero si soy sincero, también experimenté una agradable sensación y cierto orgullo porque la misión que se me encomendaba era un reto y a ciertas edades, que yo ya tengo, los retos son buenos y necesarios. Además me permitía reunirme hoy aquí con todos vosotros en esta Iglesia de Cañaveral que tantos recuerdos me trae a la memoria.

Por todo esto, vayan por adelantado mis más efusivas gracias y todo mi cariño a la Junta Directiva que ha depositado su confianza en mí.

La lógica me dice que debería leer este pregón, pero implicaría estar pendiente de los papeles sin poder miraros a todos y eso me parece una traición a mi vida de rutina entre vosotros. Por otra parte, el corazón pide cotas de protagonismo que no he podido negárselas y esto es imposible hacerlo mirando los folios escritos.

El motivo que nos reúne aquí es resaltar la figura de nuestro glorioso Santo y hacia esa meta he querido dirigirme porque siempre me ha parecido que nos quedábamos cortos a la hora de valorarlo.

El punto de partida de este Pregón se inicia en el recuerdo de una visita que Amparo y yo hicimos hace unos años al Monasterio de Montserrat, donde nos encontramos una imagen del Santo de grandes

proporciones y si mal no recuerdo con su nombre en letras de oro. La primera pregunta surge rápidamente ¿es este el mismo Santo de la gorra de visera que algún día puede rodar por los suelos al caerse de la andas? La respuesta afirmativa da paso rápidamente a la segunda pregunta: ¿qué relación hay entre estas dos representaciones tan dispares? Inmediatamente puse manos a la obra para tratar de acercarlas, pero la empresa no ha sido fácil ya que no se conoce ningún biógrafo contemporáneo de nuestro Santo.

Si podemos hablar, con cierta certeza, de la vida de San Benito, se lo debemos a otro gran padre de la iglesia que primero fue Papa y luego Santo. Me refiero a San Gregorio Magno, que dedica el libro II de sus Diálogos al que él llamaba "Hombre de Dios", San Benito.

Se cree sin una certeza absoluta que nace alrededor del año 470 d.C. en la Provincia Romana de Nursia, región que hoy sería imposible definirla en un mapa de Italia. Nace en el seno de una familia acomodada y con profundas raíces cristianas, no olvidemos que de la única hermana que tenemos referencia fue Santa Escolástica. Antes de seguir con su vida sería bueno hacer una breve descripción de lo que ocurría en el mundo en aquellos años. Políticamente eran tiempos difíciles, ya que desde el inicio del siglo el imperio romano se desmoronaba, el emperador estaba en Constantinopla y toda Italia está constantemente sacudida por la invasión de los bárbaros del norte. Es precisamente al final de la vida de San Benito cuando el emperador Justiniano comienza la lucha para reunificar su Imperio.

En lo religioso, nos encontramos a la iglesia dividida. El Papa ha muerto y se nombran dos nuevos Papas, uno independiente y otro que obedece ciegamente las ordenes del Emperador. Por otra parte surge con mucha fuerza el Arrianismo, que es condenado como herejía en el Concilio de Nicea, pero es la religión que abrazan los pueblos invasores.

Por el contrario, Roma sigue siendo el centro cultural del mundo.

Con este panorama llega el joven Benito a la ciudad de Roma para completar sus estudios de Derecho, Filosofía y especialmente Retórica, que tanto influiría en su labor de maestro. A la edad de 25 a 30 años el joven Benito da un giro brusco a su vida, él no está en contra del humanismo y el intelectualismo, pero está convencido de que Roma y todo lo que la rodea no es el mejor lugar para buscar a Dios, motivo por el que decide seguir la vida ascética.

Aunque yo quisiera, no podría daros un curso de lo que significa esta forma de vivir el cristianismo, pero sí algunas pinceladas para tratar de entender mejor el pensamiento de nuestro Santo. Desde tiempos remotos había hombres que pensaban que era necesario purificar sus pecados y superar las tentaciones para llegar a un camino de virtud y, a través de él, a una vida contemplativa y mejor conocimiento de Dios en esta vida. Ya el Antiguo Testamento nos cuenta que dos profetas, Elías y Eliseo, se aislaban en el desierto para orar y leer libros sagrados. En el Nuevo Testamento, San Juan

Bautista es considerado por algunos autores como un anacoreta que procedía de una comunidad de Esenios a orillas del Mar Muerto, pero es a finales del siglo II d.C. cuando surgen en el norte de África los primeros ascetas cristianos que eligen la vida eremítica. Se desprenden de todos sus bienes y siguiendo el mandato evangélico se retiran al desierto. Habitaban en cuevas y se alimentaban de forma penosa, además de vivir en la más estricta soledad. Fue San Antonio el ejemplo a destacar de la vida ascética, pero fueron muchos los que tuvieron que abandonarla por no poder soportar la soledad. Motivo este último por el que poco a poco fueron apareciendo los Cenobios en los que la oración y lectura de los Libros Sagrados se hacía en conjunto. Posteriormente aparecen las normas básicas de convivencia y disciplina que fueron el esbozo de la futura vida monástica. Debí pasar casi un siglo para que esta forma de entender el cristianismo llegara a Occidente, especialmente a la Galia y a la península Itálica. Fueron muchas las figuras señeras de la vida monástica, pero posiblemente fuera Juan Casiano y sus escritos los que dejaron una huella más profunda en nuestro Santo, que decide recorrer personalmente el camino de la vida ascética en todas sus formas, eremítica, cenobial y monástica. Se aísla en el Valle de Anio, en una profunda cueva y sólo recibe escasas visitas de un monje amigo de un monasterio cercano. En poco tiempo se consagra como maestro de virtudes, motivo por el que comienza una vida cenobial con numerosos discípulos.

Fue en una región entre Roma y Nápoles, Casiano, sobre las ruinas de una antigua fortaleza, donde San Benito funda el primer gran monasterio Benedictino. Desde aquí, su aureola de hombre santo y su magisterio ejercen una gran influencia, convirtiendo el monasterio en un gran foco de irradiación cristiana.

San Benito, siguiendo el pensamiento de Casiano, cree que el hombre debe volver a Dios, pero para abrazar este camino tiene que contraponer el amor del mundo y el amor de Dios. Debe purificarse de sus pecados luchando contra las tentaciones que nos vienen desde fuera y desde nuestro interior (gula, lujuria, soberbia, tibieza espiritual y tristeza). Una vez ganada esta batalla se puede ganar el camino de la virtud.

Para conseguir todo esto, el Santo convierte el monasterio en un pequeño mundo en el que hay tiempo para el trabajo (hospedería para peregrinos, hospital, escuela etc.) y tiempo para la oración. Incorpora una serie de normas que rigen el funcionamiento interno del monasterio, todas ellas recogidas en el más famoso de sus escritos "La Regla", que ha tenido y tiene una gran trascendencia en toda la vida monástica de la cristiandad. En ella se define cuál es el cometido de los monjes en todas las horas del día, siendo de obligado cumplimiento para todos, incluido el Abad, pero de todas estas normas hay una de carácter genérico que sobresale "NADA HAYA EN EXCESO, HÁGASE TODO CON MODERACIÓN".

San Benito muere en el monasterio de Montecasino en una fecha sin determinar. Tuvieron que pasar varios siglos para que aparecieran

las primeras reproducciones pictóricas y escultóricas del Santo. En España, artistas tan famosos como el Divino Morales, El Greco, Zurbarán y otros muchos lo han inmortalizado. En el año 1980, el Papa Juan Pablo II lo nombra Santo de Europa.

Todo lo comentado justifica claramente la grandiosidad de la imagen que descubrí en la abadía de Montserrat, pero creo que sus enseñanzas no deben quedarse ancladas en aquel tiempo y lugar. Sería muy interesante saber si siguen teniendo vigencia en el mundo de hoy como lo fueron hace 17 siglos. Tendríamos que considerar la sociedad en la que vivimos y compararla con aquella otra que empujó a nuestro Santo a la vida ascética. En lo político bastaría poner el dedo en cualquier punto del mapa para comprobar que allí existe un conflicto por motivos nacionalistas, religiosos o económicos, incluso por los tres juntos. En los religiosos nunca la Iglesia cristiana ha estado más dividida, ya sea por motivos dogmáticos, rituales o por la autoridad del Papa. Sin olvidar la cantidad de voces, más o menos autorizadas, que en el seno de la Iglesia discrepan en cuestiones esenciales. También encontramos una sociedad altamente tecnificada en las que se van apartando de los valores ÉTICOS y MORALES, y cada vez con más frecuencia podemos oír o leer en los medios de comunicación que estamos en una sociedad agnóstica, hedonista o nihilista, pero es posible que el auténtico mal que nos aqueja es que vamos perdiendo la capacidad de pensar y razonar, dejando que los demás lo hagan por nosotros. Desde fuera se nos imponen una serie de normas sociales, costumbres e incluso leyes que en ocasiones pueden ser banales, pero en otras atentan directamente contra nuestras señas de identidad cristianas.

Estamos metidos en un relativismo que nos impide opinar y decidir sobre temas importantes que al mismo tiempo que nos libera de toda responsabilidad nos hace perder la auténtica libertad.

La seña de libertad del ser humano es el pensamiento razonado y ordenado del que salen las ideas que luego se transforman en actos. Qué duda cabe que las circunstancias que nos rodean condicionan nuestras ideas, pero hay una parte de nuestro ser, común a todos los hombres, en la que se generan las grandes respuestas a nuestras más importantes preguntas y que debemos escuchar para poder ser auténticamente libres.

Es posible que todos los que estamos esta tarde aquí, estemos de acuerdo en la imagen pesimista que acabo



de dar de la sociedad que nos rodea, pero estoy seguro que todos nos autoescluimos pensando que nosotros no somos así. No debemos confundirnos, ya que cuando una sociedad está enferma es que la gran mayoría que la compone también padece el mismo mal.

Todo lo que hemos comentado nos enseña que lo que nuestro Santo preconizaba hace siglos, hoy es absolutamente válido y necesario. El hombre debe volver a Dios, pero para poder andar ese camino debe aprender a escucharse a sí mismo y, al igual que a nuestro Santo, tampoco nos gusta la sociedad en que vivimos y, aunque con pretextos distintos (agotamiento, estrés etc.) también la abandona cuando tiene cualquier ocasión. ¿Qué busca? Tranquilidad, paz. Podríamos decir de forma genérica que persigue la felicidad.

Pienso que la atracción que ha tenido siempre para mí este pueblo de Cañaveral, además de recordarme mi época de juegos infantiles, ilusiones de noviazgos y alegría de reunirme con casi toda mi familia, también estaba condicionado porque ha sido y sigue siendo el PRINCIPIO DE ESE CAMINO DE VUELTA, que posiblemente por ignorancia, egoísmo o simplemente por comodidad nunca nos decidimos a seguir.

Ahora es el momento preciso para pedirle al Santo, al igual que otros años, toda clase de bendiciones y bienes para los labradores, pero al mismo tiempo debemos recordarle que somos muchos los cristianos de Cañaveral que necesitamos que ilumine nuestro camino de vuelta.

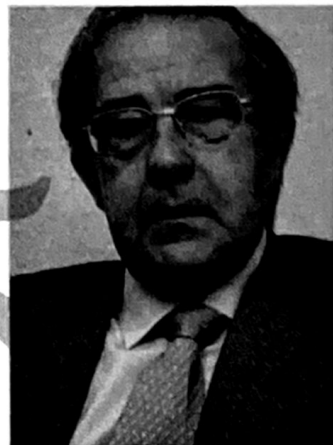
Por último, quiero ratificar mi cariño por este Pueblo con la más humilde de las rimas.

### A CAÑAVERAL

QUIERO RESTAÑAR CON LETRAS DE FUEGO,  
EN MI MEMORIA,  
AHORA QUE LOS AÑOS ME VAN DEJANDO  
AUNQUE CON ABUNDANTES ALEGRÍAS  
EL PLACER DE EMBRIAGARME,  
CADA NOCHE Y CADA DÍA,  
CON LO MEJOR Y MÁS FECUNDO DE TU GLORIA.  
NO NACER AQUÍ, FUE MATERNA TRAYECTORIA,  
PERO SIN RENUNCIAR A MI ALCANTARINO ANCESTRO,  
PRETENDO RECLAMAR Y RECLAMO, CON ESTE GESTO,  
QUE SOY TIEMPO Y PARTE DE TU HISTORIA



# 2005



Nació en Santiago del Campo (Cáceres.-1943).- Periodista. Cursó estudios de Periodismo y de Ciencias Políticas en Madrid.

Redactor del diario "HOY" y de la agencia de prensa PYRESA.

Redactor jefe de la Sección Política del diario "PUEBLO" de Madrid. En la agencia EFE desempeñó los puestos de redactor jefe, subdirector y director de Coordinación y de Servicios Audiovisuales.

Jefe de Nacional de la revista "TIEMPO". Subdirector del diario "YA" de Madrid. Director Adjunto de los Servicios Informativos de la Cadena radiofónica COPE.

Durante los años de la transición política fue el primer director de los Servicios Informativos de la Presidencia del Gobierno, bajo el mandato de Adolfo Suárez. Durante esta etapa es comisionado a la República Federal Alemana para estudiar e implantar en España los servicios de Información administrativa. En 1981 fue designado director general de Relaciones Informativas de la Presidencia del Gobierno.

Con posterioridad, fue nombrado director y consejero de la agencia especializada en información económica COMTELSA.

Desde 1992 a 2005 ha ejercido como Director General y como Vicepresidente de la Agencia de Noticias SERVIMEDIA. Durante esta etapa SERVIMEDIA editó más de veinte revistas especializadas de información social y se crearon diferentes publicaciones digitales en este mismo campo.

Ha participado en diferentes tertulias radiofónicas de COPE, ONDA CERO, RNE, TVE, Veo-TV y PUNTO RADIO.

Ha pertenecido en diferentes etapas a la directiva de la Asociación de la Prensa de Madrid y está en posesión de la Cruz de Oro de la Solidaridad como reconocimiento a la labor desarrollada en la promoción de la información social.

**JOSÉ JULIÁN BARRIGA BRAVO**  
Pregonero del año 2005

Señor Presidente de la Asociación de San Benito  
Señores mayordomos  
Señores cofrades  
Amigas y amigos

Entre las pocas licencias que se pueden permitir a los invitados a pregonar figura la de hacer alguna referencia a los vínculos que le unen con los aquí presentes. Me une una razón de amistad, sincera y evidente, con quien me ha trasladado la invitación a estar hoy aquí presente. Tiene nombre de arcángel, aunque no lo sea, apellido compuesto y literario y ejerce la profesión de cañaverialiego con la misma intensidad que yo ejerzo de garrovillano. Tengo entendido, además, que las relaciones entre unos y otros, cañaverialiegos y garrovillanos, a lo largo de la historia, no fueron precisamente ejemplares a propósito de pleitos de señoríos y vasallajes, aunque las de aquel Rafael de apellido literario y las de este modesto pregonero, aparte de viejas y nada competitivas, son difícilmente mejorables.

El caso es que debo hablarles de San Benito y de sus fiestas. Me permitirán también que les hable de mi particular visión de este pueblo, que, antes que la misma Europa, proclamó el patrocinio del santo. Nada para mí tan grato, por razones que no vienen al caso, que festejar y homenajear al fundador del monacato. Los monjes de San Benito, los monjes negros por su hábito, son los padres de lo que hoy consideramos civilización, modernidad y progreso. Hablaremos de ello, en la proximidad y al calor del Palancar.

Con frecuencia se interpreta que las sociedades más apegadas a sus tradiciones corresponden a pueblos incultos y caducos. Al contrario, estoy convencido que las conmemoraciones que hacen los pueblos fundamentadas en su propia historia: las fiestas, las romerías, las patronas, los patronos, las cofradías, las romerías, las loas, los festejos, forman la personalidad de las sociedades que tienen mayor arraigo y más futuro. Vivimos tiempos de tanta aceleración, de cambios tan radicales, de introducción de costumbres y modos de vida tan ajenos a la identidad de nuestros pueblos, que corremos el riesgo de que éstos, nuestros pueblos, terminen disolviéndose en sociedades deformadas, clónicas, irreconocibles. El riesgo es evidente y las consecuencias están siendo y serán atroces. Si perdemos nuestra identidad, querido San Benito, produciremos pequeños monstruos: sociedades insolidarias, desvinculadas de intereses compartidos. Una de las razones básicas de la modernidad y del progreso reside precisamente en el respeto a la propia identidad, a su historia verdadera. Los monjes de San Benito recogieron y pusieron al día los conocimientos, la cultura de las civilizaciones griega y latina y hoy somos deudores de la regla benitense. Señores cofrades, no tengan complejo en mantener y enarbolar el patrocinio del Santo, al que le debemos el concepto de la justicia, de la moderación, de

la solidaridad, de la amistad, de la cultura..., de todo eso que llamamos Europa, de la vieja y de la nueva Europa.

En 1790 el conde de Campomanes otro personaje ilustrado y moderno- firmó una instrucción ordenando la creación de un Tribunal Superior para la provincia de Extremadura e instruye que, antes de que los individuos de dicho Tribunal se constituyeran en Cáceres, viajaran por los pueblos y las aldeas dice la instrucción- "enterándose de su vecindario y de los perjuicios que sufra su respectivo gobierno en el manejo de los caudales públicos", "pero de modo, añade,- que se excusen en lo posible a dietas". Aquellos jueces -individuos del Tribunal, como así se les titula - tienen que responder a un cuestionario sobre las más distintas cuestiones: moralidad, pleitos, monumentos, labrantíos y aprovechamientos rústicos o ganaderos, caminos, festejos y cualquier otro dato que sirviera para la administración de la cosa pública.

Gracias a aquella iniciativa de Campomanes, hoy conocemos la realidad de nuestros pueblos. ¿Y qué dijeron de Cañaverl y de sus gentes los jueces de la Real Audiencia de Extremadura en los finales del siglo XVIII ? Lo dicen prácticamente todo y no es este el momento de relatarlo al completo. Sí digo que, en relación con otros municipios vecinos, que eran amigos de lo ajeno o en los que dominaba el abuso del vino y de la holganza - y no diré en público el nombre de esos pueblos-, Cañaverl aparece como pueblo pacífico y trabajador.

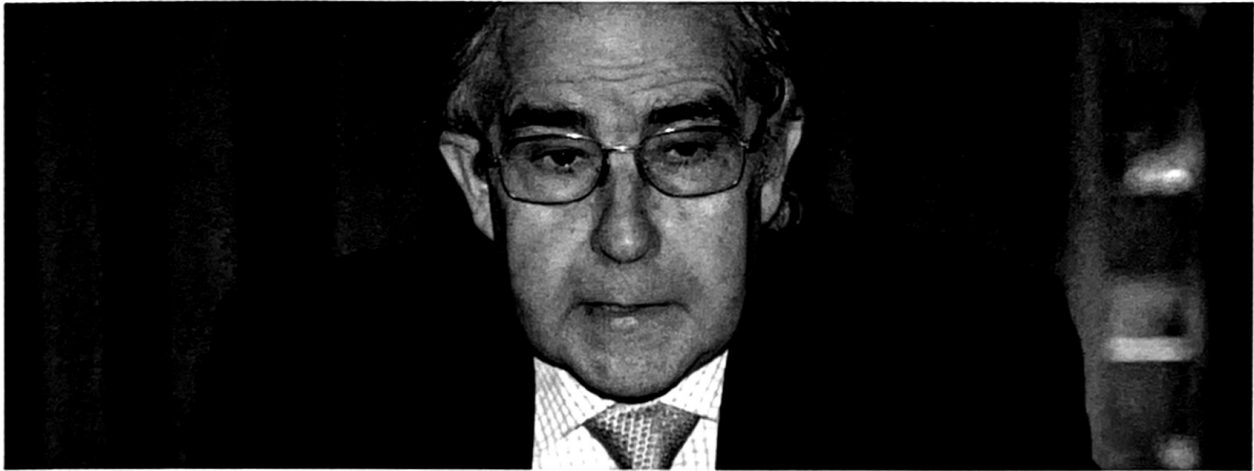
"Se halla situado, dice textualmente el acta de los jueces, en un poco de descanso que hace la cuesta que baja de la sierra de Cañaverl hacia mediodía. Es sano y de aires puros. Su tierra, ligera y de color encarnado, es de buena calidad".

Y dice más en las cuestiones más generales: "el pueblo está compuesto por trescientos cuarenta y un vecinos, que se aplican al cultivo de su hacienda y en gran parte a la arriería". Había veinte artesanos, cinco hidalgos, y, al contrario de otras poblaciones limítrofes, no había inclinación viciosa.-Es decir, un pueblo trabajador, pacífico, y anoto porque me llama la atención este dato, sus vecinos se aplican, al cultivo de su hacienda, y en gran parte a la arriería-.

La arriería para mí tiene, sobre todo, una connotación literaria. Los arrieros son gente viajera, en contacto con otros pueblos y con otras sociedades, abiertos al mundo, a las noticias, a los vientos de la historia. Por el contrario, otros pueblos de nuestro entorno son sociedades cerradas, no viajan, carecen de información. Lo único que les llega de fuera era a través de los feriantes, aquellos que concurren a los mercados.

¿Imaginan ustedes la vida de los arrieros en el Cañaverl del





siglo XVIII?. ¿Cuáles eran sus itinerarios? ¿Qué mercancías trajinaban o a qué mercados suministraban?. Veamos lo que dice otro texto complementario del anterior: "se trata de un pueblo de forma irregular, de crecimiento natural en torno al Camino Real que lo cruza de Norte a Sur, tránsito de los ganados trashumantes y de las carreterías de la sal, hecho que influiría en su fundación como lugar de posadas y cambios de caballerías". Hasta aquí la cita. Retengamos varios conceptos: Camino Real, ganados trashumantes, carreterías de la sal, lugar de posadas, cambios de caballerías.

Lo de Camino Real es algo más que un aditamento. Los caminos reales tenían fuero e importancia. Por este lugar en el que nos encontramos pasaron las legiones de Roma, los ejércitos del Reino de León y de Castilla; la silueta de Santa Marina fue vista por aristócratas, reyes, gentes de la guerra, y hombres prominentes. Y tal vez, en el enlosado de este templo, se postrarán hombres cuyos nombres están en la historia de España.

El comercio de la sal impregnó la historia de la humanidad. Sin sal no se concebía ni la salud ni la alimentación. El hombre vivió y progresó con el aprovechamiento de la sal, que sus antepasados transportaron a los más recónditos rincones.

Pasaron los rebaños de la Mesta, con todo su elenco de ofi- ciantes: pastores, zagales y rabadanes, a la búsqueda de las aguas salobres que nos contaba la Real Audiencia de Extremadura. Los pastores se surtirían de alimentos cañaveralliegos y en el caminar hacia los pastos de otoño o de verano, Cañaverál sería una cita de añoranza o de esperanza.

Se nos dice, por último, que era lugar de posadas. Está en la lógica de las cosas y de los tiempos remotos que conmemoramos. Si lo cruzaba el Camino Real y las cañadas y sus moradores se dedicaban a la arriería y al transporte de algo tan preciado como la sal, Cañaverál dispondría de varias e importantes posadas. Sabemos que los pueblos de posadas

son pueblos hospitalarios, acostumbrados a convivir con los forasteros, a tolerar. Incluso son pueblos que ejercieron la caridad y la solidaridad.

Miren por donde la cita de las posadas nos sirve para enmarcar el homenaje a San Benito. Al santo patrón suele citársele por dos importantes razones: santo milagrero y autor de la Regla con la que se rigen y continúan rigiéndose varias congregaciones de monjes y de frailes. Hay un capítulo de la Regla sanbenitense la mar de sugerente. Es la que se refiere a la obligación que impone a sus conventos y monasterios de acoger a los huéspedes. Y dice san Benito. "cuando se anuncie un huésped, el superior o los hermanos salgan a su encuentro con la más solícita caridad. Oren juntos y dense la paz". Pensemos que estamos en tiempos de guerras y de conflictos incontables, en los que domina la inseguridad y la pillería. Pero San Benito dice más: los hermanos "muestren la mayor humildad al saludar a todos los huéspedes que llegan o se van" y añade: "al recibir a pobres y peregrinos se tendrá el máximo de cuidado y solicitud".

Con la Regla de San Benito, comentándola e interpretándola, podríamos pasar mucho tiempo. Permitanme otras dos citas del mismo capítulo: "debe haber una cocina aparte para el abad y los huéspedes, para que éstos, que nunca faltan en el monasterio, no incomoden a los hermanos, si llegan a horas imprevistas". Miren cómo instruye para la elección del monje encargado de recibir y atender a los huéspedes: "un hermano, cuya alma esté poseída del temor de Dios, se encargará de la hospedería, en la cual habrá un número suficiente de camas preparadas. Y la casa de Dios sea sabiamente administrada por varones sabios". Que en el siglo sexto, se hable para el buen gobierno de los nuevos monasterios de "varones sabios" es algo que nos obliga a congraciarnos con su santo patrón.

Estaba hablando, si no he perdido el hilo y me he dejado llevar por el afecto a la Regla de San Benito, de que Cañaverál

era tierra de arrieros y de posadas. Me interesa imaginar el regreso de los arrieros después de haber deambulado por los mercados y territorios lejanos. Imaginemos que llegaban por el camino de Plasencia o por el de Cáceres. Vienen a través de una vía de resonancia histórica, la vía romana de la plata. Han cruzado el Tajo en las barcas de Alconétar o acaban de pasar bajo el torreón de Grimaldo. Tal vez hubieran visto, colgada de sus almenas, la cabeza de algún forajido, como al parecer era costumbre. Al igual que todos los que se dedicaban a la arriería, eran hombres abiertos, habituados a convivir con otras sociedades. Han sufrido penalidades y adversidades. Se han topado con milicianos, aventureros, clérigos, cómicos y santos. A Santa Teresa le gustaba el trato con los arrieros y cuentan que tenía rara habilidad para abordarlos con el mismo trato que daba al rey o a los aristócratas. Bajan el Puerto de los Castaños o inician la subida desde el camino del Acín. Traen nuevas mercancías, mientras sus yuntas barruntan el establo solariego, como aquellas otras carretas de los versos de Juan Ramón Jiménez:

"ya están ahí las carretas...  
lo han dicho el pinar y el viento,  
lo ha dicho la luna de oro,  
lo han dicho el humo y el eco...  
Los bueyes vienen soñando  
A la luz de los luceros  
En el establo caliente  
Que sabe a madre y a heno.  
Y detrás de las carretas,  
Caminan los carreteros,  
con la aijada sobre el hombro  
y los ojos en el cielo".

Así regresarían, con el mismo anhelo del reencuentro, aquellos cañaveráliegos que ya entonces honrarían la memoria de San Benito. Porque no son sólo imaginaciones de este pobre pregonero, que por lo demás se ha deleitado leyendo las Ordenanzas de Cañaverál de 1552, y no se ofendan mis queridos amigos aunque comiencen del siguiente modo: "en el lugar del Cañaverál, aldea del término de la villa de Garrovillas". Pues bien, en las Ordenanzas se regula hasta la saciedad el modo y manera en el que el ganado y los bueyes deben apacentarse y abrevar. Señal de que el ganado servía para algo más que para el mantenimiento e incluso para el cultivo de las tierras. Aquellos hombres que llegaban con "la aijada sobre el hombro y los ojos en el cielo" traían nuevas historias, noticias e informaciones de tierras lejanas, leyendas y sucesos; han convivido con sociedades diferentes, con otras costumbres, traen sabores nuevos, mercancías desconocidas, pequeños o grandes inventos. Pocas profesiones o dedicaciones tan literarias, tan fantásticas como la de arriero. Estamos en el año del Quijote. Recuerden aquellos arrieros que seстеaban y cuyas yeguas la emprendieron contra Roci-

nante que tenía necesidad de refocilarse con las yeguas de los arrieros gallegos. Cervantes recoge en parte la tradición de considerar a los arrieros dentro del género de la picaresca o del vivir menos considerado. Como aquella coplilla del Romancero que dice:

"mariquita me llaman los arrieros /  
mariquita me llaman / voime con ellos".

Uno de los capítulos más celebrados del Quijote tiene como protagonista principal a los arrieros. En el capítulo tercero coinciden en la misma venta don Quijote y Sancho y un grupo de arrieros. Uno de éstos se dispone a dar de beber a las bestias, retira las armas de don Quijote que estaban sobre la pila y éste la emprende a golpes contra el pobre arriero y sus compañeros en una de las primeras y más divertidas aventuras del ínclito manchego.

La literatura del Siglo de Oro está plagada de menciones a la arriería, tradición que se prolonga hasta Lorca, Alberti y otros poetas de la Generación del 27.

Pero decía que el carácter más innovador de la arriería aplicada a Cañaverál era precisamente el de la innovación, la apertura de miras, el intercambio de conocimientos y de información. Y todo ello a lo largo de la historia.

A la postre, toda la historia de Cañaverál está marcada por ser un paso obligado, una encrucijada en el camino de la vía Lata, en el cruce del río Tajo y en las rutas hacia Castilla y, cuando se va consolidando la Reconquista, hacia los valles del Guadiana y del Guadalquivir.

Para las gentes de mi generación, Cañaverál era parada ferroviaria. Las gentes de la Sierra venían a Cañaverál, se apeaban en Cañaverál, soñaban con llegar, lloraban al partir, pero bajo el nombre sempiterno de Cañaverál.

El tren venía a arrumbar la vocación arriera, pero imaginemos el entusiasmo modernistas de la cañaveráliegos a finales del siglo XIX, cuando por vez primera una locomotora paraba en la estación y sus pifidos atronaban las laderas de la Dehesa de Monrobel.

Dispensen mi apego a los versos. Pero escuchen éstos de Antonio Machado:

"Y la locomotora  
resuella, silva, humea  
y su riel metálico devora,  
ya sobre el ancho campo que verdea.  
Mariposa montés, negra y dorada."



O esta metáfora de Vicente Huidobro:

"El tren es un trozo de pueblo que se aleja"

Volvemos a imaginar a toda la población cañaveralliega volcada a la estación para ver llegar, no a los arrieros, sino a su majestad la locomotora, que llegaba como un negro caballo desbocado, con el penacho de humo adornando las crines. ¡Cuánta imaginación hemos derrochado los que fuimos niños de pueblo viendo o columbrando las estaciones de trenes! ¡Trenes que venían de ciudades desconocidas e iban a destinos insospechados! ¡Trenes que, al fin, un día cogimos para alejarnos y alejarnos... para volver y volver...! Porque tal vez es más dulce el regreso cuanto más penosa fue la ida.

Mirad: si algo de nuestro entorno justificaría un homenaje estaría dedicado a la vieja estación de ferrocarril, que no solamente os pertenece a vosotros, sino a toda, a la inmensa comarca del Alagón y de la Sierra. Sus muros están impregnados de tanta nostalgia; son testigo de grandes y de pequeños dramas que vivieron nuestras buenas gentes que buscaron el pan y el progreso en lugares lejanos.

Y luego llegó la carretera en donde antes era simple camino carretero. Y los automóviles, recibidos primero con júbilo, luego con preocupación, finalmente con hartazgo, los camiones de enorme tonelaje, las máquinas de labor, y al final, otro cambio, sustancial, la autovía que separa pero que libera. ¡Cañaverall de los arrieros, Cañaverall del camino y de la carretera, Cañaverall ferroviario, recostado sobre el espinazo, sobre la espina dorsal de un vasto territorio!

Yo nací en una aldea y tuve como primer escenario la sierra de ustedes; crecí teniendo enfrente la sierra de ustedes, dormí en alguna venta del Puerto de los Castaños a la espera de la Serrana. Yo soy de los millares de conductores innostrados que cruzan su calle principal los fines de semana, de las gentes cautivadas por la fronda de sus huertas, los tapiales a los que asoman el naranjo, la lima o el limonero, los olivos, los alcornocos del Puerto, el brezo temprano. ¡Amigos de Cañaverall, yo soy un fiel devoto del serrión, del espinazo que les protege y les gobierna, del color que toma cuando florece la retama, la jara y el brezo.

Dije al comienzo y no debo olvidarlo que me han convocado ustedes para decir algo más en honor de San Benito, cuya historia ustedes conocen y no es cosa de repetirla. Me congratula más la historia de la Regla que la historia de la leyenda, valga el contrasentido. No dudo que San Benito fuera fraile milagrero. Pero era fraile trasgresor. En tiempos de guerras y devastaciones, deportaciones, ruinas, hambres y desdichas, San Benito optó por huir, por recluirse en las colinas y, desde allí, conquistar el mundo civilizado, con la reflexión, la razón y el trabajo. No hay máxima más perdurable ni moderna: "ora et labora". Su mensaje era revolucio-

nario, tan revolucionario que mil quinientos años después aun perdura. De los incontables milagros o milagrerías, me quedo con los del pan, el vino y la piedra, que son elementos más próximos a los nuestros. No sé si merece la pena recordarlos porque ustedes bien los conocen. Me sigo quedando con su imagen de santo trasgresor, revolucionario, el fundador de doce conventos, cada uno, con doce monjes y un abad, cultivando la tierra, monjes artesanos, monjes cultos que recuperan y conservan el tesoro de la cultura de Grecia, de Roma, de Mesopotamia, las lenguas muertas, transcritores de códices y de textos sagrados.

No sé qué decirles más. Pero tengo que volver a agradecerles su paciencia, su hospitalidad (de casta les viene...) Les digo que "arrieros somos y en el camino nos encontraremos" y cuando el camino de la autovía nos separe (enhorabuena cuando llegue ese día), yo continuaré pensando en Cañaverall porque tengo razones de corazón para desviarme y volver a estar con ustedes.

**MUCHAS GRACIAS  
Y QUE SAN BENITO  
LES PROTEJA  
Y LES PREMIE**







# 2006



Alejandro Valiente Lourtau (1968). Aunque, por las circunstancias propias de los tiempos, nació en Cáceres, siempre ha considerado su lugar de origen y patria chica a Cañaveral, localidad en la que ha residido de manera continuada, con las salvedades propias provocadas por los estudios y el trabajo, hasta 2003, cuando se trasladó a Mérida por motivos laborales.

Es licenciado en Geografía e Historia, con las especialidades de Historia Medieval e Historia del Arte Antiguo y Medieval. Actualmente ejerce como funcionario de la Junta de Extremadura.

Como historiador ha publicado cuatro libros: “Historia de los nombres de la calles y de las puertas de la ciudad de Coria” (1998), “Cañaveral, encrucijada de historia” (2001), “Breve historia de Coria” (2002) e “Historia de Nuestra Señora de Cabezón y su cofradía” (2006). Además, ha contribuido con diversos artículos en revistas científicas, actas de congresos, cursos, y obras colectivas.

Desde 2003 pertenece al consejo científico de la revista “Piedras con Raíces”, que edita la Asociación de la Arquitectura Rural Tradicional de Extremadura (ARTE, en sus siglas), publicación cuyas páginas han acogido varios artículos suyos: *La aceña del Duque* (2002), *La Arabia* (en colaboración con Julián Miguel Orovengua, 2002), *Cañaveral, el pueblo de las chimeneas* (en colaboración con Ismael Rincón Portero, 2003), *La Judería Nueva de Cáceres* (2004), *La otra Mérida monumental* (2004), *Toponimia urbana: el caso de Coria* (2004), *Construcciones hidráulicas orientadas a la agricultura en Cañaveral* (2005) y *Molinos y aceñas en la legislación medieval extremeña* (2006).

Con anterioridad, entre 1996 y 2003, formó parte de la publicación mensual “Cañaveral Informativo”. Asimismo, ha colaborado de manera ocasional con el diario HOY, la revista Arentia, el programa oficial de fiestas de San Juan, de Coria, la revista de la “Peña el 27”, de Coria, y la revista de la romería de San Pedro, de Torrejuncillo.

**ALEJANDRO VALIENTE LOURTAU**

Pregonero del año 2006

Creo que nadie se sorprenderá si digo que dirigirse a un auditorio formado casi íntegramente por paisanos es uno de esos cometidos que ofrecen una especial dificultad, debido a razones obvias en las que el respeto y el conocimiento mutuo se anteponen a cualquier opinión que podamos dar o cualquier asunto del que podamos hablar. Por ello, vayan por adelantado mis disculpas por las traiciones que los nervios puedan provocarme durante este Pregón.

Mientras meditaba sobre lo que iba a hablar en este Pregón, me vino a la cabeza que durante la última Romería de San Benito que estuve aquí me invitaron a comer caracoles. Hace ya un par de años que no vengo a la romería, debido a circunstancias personales. Dos años atrás por un hecho para mí de la mayor alegría, como fue el nacimiento de mi hijo; y el pasado por unas causas que quien más quien menos habrá tenido que sobrellevar en alguna ocasión, como son las laborales. Como iba diciendo, hace un par de años, nada más llegar a la plaza de El Cardal, lamentando cómo las horas iban pasando y el tiempo que me restaba de permanencia en el pueblo se adelgazaba visiblemente conforme se acercaba el momento de la Loa, me invitaron a probar un plato de caracoles. En concreto, quienes lo hicieron fueron mi hermano Javier y Luis "Pintor", que estaban dando buena cuenta de una ración en una de las barras con bebidas que se instalan en El Cardal. A mí, al igual que siempre que como caracoles (sobre todo en la tierra de mi mujer, en Córdoba, donde son especialmente caracoleros, y, una vez que los fríos del invierno comienzan a atenuarse, no resulta extraño encontrar por las calles chiringuitos anunciando la venta de caracoles, chicos y gordos, en expresión castiza, aunque ellos dirán, y no sin razón, que más bien cordobesa), bueno, pues a mí, como me sucede en estos casos, los caracoles que me ofrecían me gustaron, pero no hasta el extremo de incluirlos entre mis platos predilectos.

Por ello, por no ser yo especialmente caracolero, me sorprendió que fuese esta imagen y no otra la que apareció en mi cabeza. Y es que nos guste o no, o al menos así me ocurre a mí, cuando uno se pregunta por el significado que para él tiene la Romería de San Benito, la primera respuesta que obtiene es una larga sucesión de imágenes que comienza en su infancia y se extienden hasta la actualidad o, al menos, hasta la última participación en un día de Romería. En mi caso, que es del que puedo hablarles con propiedad, ya que considero que los recuerdos son algo muy personal, aunque, habitualmente, también se comparten y puedan recuperarse en la compañía de las mismas

personas con las que en su momento se realizaron las acciones que las dieron lugar, pues bueno, como les decía, en mi caso creo que las primeras imágenes que conservo de la Romería de San Benito están relacionadas con el ruido de los cohetes al explotar y con las aceleradas carreras que se emprendían detrás de las varas, humildes y quebradizos trofeos que hacían la satisfacción del niño que lograba coger una y despertaban la envidia de los demás cuando se veía un grueso haz de varillas en manos ajenas. A este primer recuerdo, atemporal, pues sólo es posible encuadrarlo entre los difusos límites de la infancia, se une otro más concreto, también siendo un niño, el de haber portado en la Romería de hace veintinueve años la Cruz que encabeza la procesión durante la bajada y subida a El Cardal. Como consecuencia de formar parte mis padres del grupo de mayordomos que aquel año correspondieron en suerte, me cupo lo que, si el tiempo transcurrido desde entonces no confunde mi memoria, fue un motivo de estupenda diversión. Era una manera diferente y nueva de seguir la procesión, no alrededor de las andas del Santo, sino precediéndolas en un lugar destacado. El problema que se planteó, y quizás la razón por la que aún hoy mi memoria conserva el retazo de esto que les cuento, fue que esa misma suerte les cupo también a algunos de los hijos de otros mayordomos. En concreto éramos tres quienes nos íbamos turnando al frente de la procesión, uno, aunque con bastantes dudas, creo que era Fran, el hijo de Oren Blázquez y Sebastián Fernández Maillo, el otro Isi Orovengua y el tercero, por supuesto, era yo. El caso fue que, dejando al lado a Fran, algo más pequeño que nosotros, Isi y yo nos enzarzamos en un tira y afloja sobre la duración de los tiempos que debíamos llevar cada uno la Cruz y los lugares exactos donde teníamos que efectuar los relevos, que condujo a que, en plena bajada a El Cardal, nos enganchásemos en una disputa por la posesión del preciado símbolo. Y así estuvimos, asiendo ambos la Cruz e intentando hacernos con ella, supongo que ante la sorpresa de parte de los presentes que participaban en la procesión, hasta que Isidoro Orovengua padre se acercó hasta nosotros y, recriminándonos nuestra conducta, puso orden con una decisión de justicia salomónica que no nos contentó a ninguno de los dos contendientes, decidiendo que el turno recayese en Fran, quien se había mantenido apartado de la discusión.

Son recuerdos o imágenes concretas, supongo que parecidas a las que habrán vivido otros sambeniteros, y que podrían ampliarse no sé si hasta el infinito, pero sí muy cerca, sobre todo cuando en una casa, como a mí me ha ocurrido, la Romería de San Benito siempre se ha festejado de forma especial. La repetición de hechos semejantes, como la preparación por mis progenitores de las monedas que se iban a echar en las andas del Santo durante la procesión, la entrada de la imagen de San Benito en el templo parroquial tras las pujas de la mañana o la presencia de mi padre ese día, por su condición de componente de la directiva de la cofradía del Santo, en el altar mayor de la



iglesia durante la misa, circunstancia que yo observaba con cierta extrañeza durante mi infancia y que con el tiempo llegó a hacerse cotidiana, conducen a que, especialmente, en fechas cercanas a la celebración de la Romería comience a despertarse en mí y tomar cuerpo todo el amplio bagaje de vivencias acumulado a lo largo de tantos años.

Incluso, es más, me atrevería a afirmar que basta evocar durante unos instantes aquellos momentos para que todos los sentidos del cuerpo se trasladen a situaciones concretas vividas durante la Romería de San Benito. Inmediatamente la cabeza se puebla con sensaciones auditivas, como la música del tamborilero (sobre todo ese himno nacional que tantas veces hemos escuchado durante la misa), las consecutivas explosiones de los cohetes, la voz de Jesús Marín animando las pujas de las andas; táctiles, como el calor que despliega la velá y obliga a retroceder a los congregados a su alrededor a los márgenes de la plaza de la Iglesia; gustativas, que tienen sus mejores ejemplos en los presentes que cada año ofrecen los mayordomos a los participantes en forma de ponche y dulces, durante la víspera, y de vino acompañado por algún guiso, la mañana de la Romería, pero que pueden extenderse a ese festín que, a continuación, todos nos vamos dando de bar en bar desde el mediodía hasta los inicios de la tarde, incluidos los caracoles que hace un momento les mencionaba; olfativas, sobre las que basta sentirse imbuidos de ese olor a primavera que llena todas las calles de Cañaveral, pero que se desborda de una forma especial en El Cardal, cuando la proximidad del campo y el calor de la tarde empapan cada rastro de vida con sus esencias de hierbas y jaras; y por supuesto, y sobre todo, visuales, porque en gran parte son los ojos los que nos guían tras cada acto de los que suceden durante las aproximadamente veinticuatro horas que dura la fiesta, desde la contemplación de la estática pira de madera a punto de convertirse en ola de fuego del domingo hasta la emoción que producen las carrerillas para entrar al Santo en la iglesia en los momentos finales de la larga jornada del lunes.

Pero a pesar de lo dicho, el significado que tiene la Romería de San Benito para mí no se cierra con la evocación de los hechos vividos. Hay más, ya que a partir de un momento se produce un intento por comprenderla, por conocer sus orígenes y las causas que han motivado la forma en que transcurre actualmente. En definitiva, se produce una inmersión en la historia de la fiesta. Como no podía ser de otra manera, en ese proceso la figura de San Benito, en conmemoración del cual se desarrolla la Romería, se convirtió en un jalón ineludible. Aunque debo confesar que conocer su vida, acercarme a la humildad y santidad que la caracterizó, no sirvió de bálsamo para aquietar mi curiosidad, pues en mi cabeza seguía bullendo una pregunta para la que no encontraba solución: ¿Por qué razón se celebra una romería en honor a San Benito de Nursia en Cañaveral?

No son extrañas las ocasiones en que la resolución de un enigma tiene su clave en hechos y tiempos aparentemente alejados. Algo así

es lo que ocurría con las respuestas que yo perseguía acerca de la Romería de San Benito. Y bastó conocer una fecha, la de la muerte del santo, según tradición no confirmada, un 21 de marzo, para que las piezas que giraban alrededor de la celebración cañaveraliega comenzasen a organizarse sin gran esfuerzo. Es a partir del 21 de marzo, con el advenimiento del equinoccio, uno de los momentos del año en los que el día y la noche coinciden en su duración, cuando de forma oficial, da comienzo la primavera, y con ella el buen tiempo. Se podría incluso hablar de un renacimiento de la vida tras los rigores invernales, tras la, al menos aparentemente, muerte de la naturaleza que se produce durante los meses más fríos del año. Esta circunstancia dotó al 21 de marzo de una singularidad especial desde tiempos muy antiguos, hasta el extremo de que en no pocos lugares era en días cercanos a esta fecha, y no el 1 de enero, cuando se producía la entrada en el nuevo año. Es posible que los cazadores de la Edad de Piedra ya tuvieran constancia de la importancia de su significado, pero es sobre todo a partir de la conversión del hombre en sedentario, al verse obligado a obtener su sustento trabajando la tierra, cuando el equinoccio, y con él la llegada de la primavera, adquirirá una importancia sin igual, dada la trascendencia que tienen unas condiciones climatológicas benignas para el desarrollo de la vida animal y vegetal. Menudearon entonces los cultos propiciatorios a las divinidades de la fertilidad, que asegurasen que los cultivos crecieran sin daño alguno y que los rebaños se multiplicasen sin problemas.

Sería la coincidencia de esa supuesta muerte de San Benito el 21 de marzo, la que lo pondría en relación con un momento de tan especial trascendencia como el equinoccio de primavera. Probablemente, la Iglesia, como había hecho en otras ocasiones, incluso con recomendación de alguno de sus doctores más destacados, no tuvo ningún reparo en bautizar con el nombre del Santo de Nursia algunos de esos cultos a la fertilidad para facilitar la aceptación del nuevo credo cristiano. Y aún es posible rastrear resabios de aquellos ritos milenarios en la romería actual, como que el santo lleve en su mano un ramillete de espigas verdes, la velá y los saltos que se ejecutan sobre ella cuando su fuego se apacigua y las llamas empiezan a dejar su lugar a las brasas o los donativos en forma de monedas que se vierten dentro de las andas, todo ello símbolos o actitudes que tendrían el propósito de enterrar los malos augurios y propiciar la buena suerte y la abundancia sobre la comunidad o algunos de sus miembros.

La adopción del cristianismo, y su conversión de la Pascua judía en los ritos de Semana Santa, supondrían un auténtico obstáculo al mantenimiento de la festividad de San Benito el 21 de marzo, ya que la fecha queda dentro del largo período de la Cuaresma. Por ello, es probable que la fiesta se trasladase a la jornada más cercana a la que se podía celebrar, la tarde-noche del Domingo de Resurrección y el lunes consecutivo. Aunque esto no en todas las ocasiones se produjo así, y todavía es posible encontrar por la geografía española muestras de los antiguos festejos que tenían lugar el 21 de marzo, caso de varias romerías dedicadas a San Benito en Galicia, como ocurre con las pontevedresas de Caldas de Rei, Cambados, O Porriño y Foncarei o la orensana de Rabiño, en el municipio de Cortegada. En otras ocasiones, como muestran algunas romerías andaluzas, la fiesta se ha desplazado al domingo más cercano al 21 de marzo, de lo que son ejemplos la cordobesa de Obejo y la onubense de El Cerro de Andévalo. Mientras que en otros casos, como sucede con el nuestro de Cañaveral o el del cercano Casar de Cáceres, a San Benito se le rinde homenaje a partir del mencionado Domingo de Resurrección, una vez concluida la Semana Santa.



A pesar de las raíces milenarias de la fiesta, de su entroncamiento con ritos donde la naturaleza jugaba un papel fundamental, el sincretismo que ha sufrido tras su cristianización ha sido tan perfecto que, aunque con algunas variaciones en el objeto a que se refieren, sigue manteniendo un sentido parecido. Anteriormente se producía un paso de la muerte invernal al resurgimiento de la vida que supone la llegada de la primavera. Ahora su celebración va unida al triunfo de Cristo sobre la muerte y a la nueva vida que ofrece en su mensaje salvador. Incluso, en el caso de Cañaveral, no está de más recordar que la procesión del Domingo de Gloria tradicionalmente ha sido un acto infantil, en el que niñas y niños, llevando las imágenes de la Virgen y el Resucitado, respectivamente, compiten por llegar los primeros a la Calle Real. Mientras que el rito donde cañaveraliegos de todas las edades participan es en el nocturno y festivo de la velá, en el que, una vez más, como ha ocurrido en la todavía latente Semana Santa, vuelve a repetirse el entierro de un mundo pasado, dándose comienzo a la alegría de la celebración.

Y es que, cuando se habla de fiesta, nada hay más sencillo que mencionar la alegría. Las fiestas, además de ser hitos temporales para los pueblos, también, o quizás por ello, implican una ruptura con la cotidianidad, con los quehaceres habituales, convirtiéndose en referencias de diversión, en las que todos los individuos de una comunidad, al menos en teoría, se unen para pasarlo bien. Por ello, a pesar de lo dicho hasta ahora, de la importancia que tiene la rememoración de los momentos más placenteros o más jocosos vividos en un festejo, o la reflexión sobre su pasado y circunstancias, lo fundamental, lo que verdaderamente alienta y mantiene una fiesta es la participación de sus devotos en ella. Es algo que vale para cualquier festejo, incluida la Romería de San Benito. Pues no habría Romería sin esas personas, por poner algunos ejemplos, que cada año madrugan para sacarnos a los demás de las camas con su toque de diana o sin esas otras que se animan a llevar las andas con la imagen del Santo e, incansables, batallan arrojando monedas en su interior, o sin los mayordomos que se afanan sin tregua, y casi sin horas de sueño, por dar el mayor realce al festejo, y especialmente sin todos esos cañaveraliegos que en cada nueva ocasión se vuelven a juntar alrededor de San Benito para celebrar su día y divertirse con él. Por ello, quien os habla no puede despedirse de vosotros sin pedir os que continuéis reuniéndoos en años sucesivos con la misma intención que ahora, honrar a San Benito y divertir os con él, pues ésa será la mejor forma de lograr que su rostro permanezca alegre bajo el sol de El Cardal y se olvide de las carrerillas que aún le esperan antes de entrar en la iglesia. Mis mejores deseos para que la Romería de San Benito de 2006 resulte inolvidable:

**¡VIVA SAN BENITO!**





# San Benito

## JUNTA DIRECTIVA

*Presidente:* Jesús Marín Egido  
*Vicepresidente:* Benito Fondón Villar  
*Secretario:* Alejandro Valiente Rivero

## DIRECTOR ESPIRITUAL

D. Carlos Simón Vázquez  
*Cura Párroco de Santa Marina de Cañaverall*

### Mayordomas/os 2002

Oren Blázquez Marín  
Ana María Fernández Sánchez  
María del Pilar Lourtau Llanos  
Claudia Miguel Martín  
Alejandro Valiente  
Isidoro Orovengua  
Sebastián Fernández  
Rafael García-Plata

### Mayordomas/os 2003

Jesús Redondo  
Adrián Díaz  
Benjamín Orovengua  
Pascual Llorente  
Basi Díaz  
José M<sup>a</sup> Madera  
Pedro Serrano  
Vicente Díaz

### Mayordomas/os 2004

Alejandro Julián  
Gonzalo Hernández  
Jesús Burgueño  
M<sup>a</sup> Ángeles Burgueño  
Manuel Ángel  
Antonio Díaz  
Sebastián Macías  
Rafaela Declara  
Flores Cano  
José M<sup>a</sup> Calleja

### Mayordomas/os 2005

Tomás Risco  
Pedro Macarrilla  
Félix Melchor  
Leo Cano  
Pedro Muñoz  
José Díaz  
Joaquín Díaz  
Santiago Ramos  
Faustino Díaz

### Mayordomas/os 2006

Miguel Barroso	Carmen Fernández
María Bermejo	Héctor Hernández
Eloíses Breñas	Rafael Collazo
Miriam Canales	Luis Martínez
Rubén Collazo	Elena Hernández
Beatriz Durán	Alfonso Miguel
Raúl Monroy	Gorka
Sara García	

### Mayordomas/os 2007

Piedad Gil  
Mamen Gil  
Elena Valiente  
Filo Arroyo  
Anabel Plasencia  
Diana Plasencia  
Mercedes Plasencia